El Gran Rebelde

Perfiles heroicos:

Vida y obra de Francisco Morazán

Néstor Enrique Alvarado

Editorial Nacional
Eva Thais
SECAPPH

El Gran Rebelde

Perfiles heroicos:

Vida y obra de Francisco Morazán

Néstor Enrique Alvarado

Editorial Nacional
Eva Thais
SECAPPH

Primera edición: Dirección de Investigación Científica de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), 1975.

Segunda edición: octubre de 2024.
© Secretaría de las Culturas, las Artes y los Patrimonios de los Pueblos de Honduras (SECAPPH)
Tegucigalpa, M.D.C., Honduras.

Colección Morazánica

ISBN: 978-99979-76-21-5

Anarella Vélez Osejo
Secretaria de Estado en los Despachos de las Culturas, las Artes y los Patrimonios de los Pueblos de Honduras (SECAPPH)

Carolina Torres
Directora General del Libro y el Documento

Diagramación
Hektor Varela

Diseño de portada:
María José Carbajal Rivera

Corrección de estilo:
Cindy R. Funes
Carmen Núñez Almendares

Impresión
Editorial Nacional Eva Thais, SECAPPH

Este ejemplar de ***El Gran Rebelde*** es un bien público no venable. Después de leerlo compártalo con otras lectoras y lectores.

Presentación

El Gran Rebelde: perfiles heroicos, vida y obra de Francisco Morazán parte de la necesidad de profundizar en la obra y la ética morazánica, cuestión irrenunciable que defina y estructure un ideario político comprometido con los principios democráticos y los derechos fundamentales de nuestra ciudadanía, con el fin de trazar un camino de desarrollo para nuestra nación. El conocimiento de la personalidad cívica de los próceres centroamericanos es básico en la preparación de la juventud, para establecer la verdad histórica que alcance las conclusiones correctas y consolide la cultura contemporánea.

Este texto nos ilustra sobre las condiciones que dieron origen al temple y el pensamiento de Morazán, su determinación y destreza política —inseparables de su éxito militar— y la responsabilidad histórica de toda Centroamérica en la autoderrota regional al conspirar contra el mejor de sus hijos. Morazán luchó en favor del pueblo centroamericano en la contienda por la unión de la patria igualitaria, fraterna, libre y justa. Su lucha

y resistencia ante las enormes dificultades para lograr el establecimiento de la Federación Centroamericana, bajo los más elevados valores humanistas de la Ilustración, son ejemplares para la modernidad.

La memoria y el olvido se inscriben en el escenario social como polos opuestos de un mismo proceso: ahí donde una avanza el otro retrocede y viceversa. Para que el olvido no venza a la memoria, la Secretaría de las Culturas, las Artes y los Patrimonios de los Pueblos de Honduras (SECAPPH) pone en manos de la ciudadanía este magnífico trabajo de Néstor Enrique Alvarado, cumpliendo así el compromiso de perpetuar las ideas morazánicas bajo la instrucción de la presidenta Iris Xiomara Castro Sarmiento, con la intención de asistir al restablecimiento y la salvaguarda de las instituciones de la democracia en nuestro país.

Anarella Vélez Osejo
Secretaria de Estado en los Despachos de las Culturas,
las Artes y los Patrimonios de los Pueblos de Honduras
(SECAPPH)
Tegucigalpa, M.D.C., septiembre de 2024

Primer premio de Literatura otorgado por la Universidad Nacional Autónoma de Honduras

El estudio imparcial de la obra y la ética morazánica es una de las actividades más constructivas y necesarias del presente. Hay que establecer la verdad histórica para lograr conclusiones correctas con el fin de consolidar y completar la cultura contemporánea. El conocimiento de la personalidad y la proyección social de los próceres centroamericanos es básico en la preparación cívica de la juventud.

El análisis de los hechos espectaculares y positivos que dieron origen el genio Morazán con su presencia es la emocionante contemplación de una epopeya histórica que, según el insigne intelectual centroamericano don Álvaro Contreras, nos puede causar deslumbramientos. Toda Centroamérica aparece culpable de un malévolo error: el de haberse derrotado a sí misma. Al decir de un observador extranjero: «se confabuló contra el mejor de sus hombres, el paladín de la Unión».

Las más severas dificultades de su primer período presidencial fueron desatadas por la incomprensión y la perfidia de falsos liberales salvadoreños infiltrados en el Gobierno. Guatemala, víctima del salvajismo indígena y el oscurantismo reaccionario, junto con Honduras y Nicaragua, sujetos al yugo de la mediocridad cabildera, le hicieron una guerra pertinaz e injusta.

Sus enemigos le arrancaron la vida en Costa Rica, como quien sacrifica a un fatigado caminante que lleva un ramillete de nobles ideales en el pecho, hundiendo en el silencio la voz de su mensaje. La Patria Grande agonizante murió con él y sobre sus despojos sangrientos la fatalidad tendió el sudario de la frustración, mientras se dejaba escuchar en todo el istmo la alegre vocinglería de la pequeñez celebrando la muerte de la grandeza.

Estos son los hechos…

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE HONDURAS
Tegucigalpa, D.C., Honduras, C. A.

ACTA No. 1

En la ciudad de Tegucigalpa, el día jueves nueve de septiembre de mil novecientos sesenta y cinco, reunidos los infrascritos miembros del Jurado Calificador de los trabajos presentados al Concurso **FRANCISCO MORAZÁN**, nombrados por la Rectoría de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, con el objeto de emitir el fallo respectivo acerca de los trabajos presentados a dicho Concurso, hacen constar que se procedió en la forma siguiente:

PRIMERO. - El secretario general de la Universidad les entregó dos trabajos y después de estudiarlos detenidamente, procedieron a emitir su fallo, en la forma siguiente:

a) Atendiendo a la forma y fondo del trabajo «PERFILES HEROICOS: vida y obra de Francisco Morazán», calzado con el seudónimo de Alejandro de Caledonia, por unanimidad de votos acuerdan,

que es merecedor del premio de dos mil lempiras, al que se refiere la base h) del artículo 1°, del acuerdo perteneciente al nueve de febrero del presente año, de la referida Universidad Nacional Autónoma, como un estímulo a la investigación histórica y por reunir las condiciones de un ensayo; en el que dentro de los nuevos conceptos sociológico, político y filosófico, se estudia la vida y obra del General Francisco Morazán.

b) En dicho trabajo se contempla la juventud, actuación política, militar y socioeconómica del Héroe Centroamericano, dentro del medio social en que le tocó actuar refiriéndose al proceso revolucionario, a los ideales progresistas y a sus luchas por mantener unidos los cinco Estados de la República Federal de Centroamérica.

En la obra referida se estudia ampliamente la Ruptura de la Federación, la pugna entre liberales con los conservadores y las causas que contribuyeron a la muerte del General Morazán, terminando con la filosofía política del héroe y el profundo problema del separatismo al que el autor llama «LA HIDRA DEL SEPARATISMO», y en el «EPÍLOGO» hace el análisis de los factores políticos que determinaron la actuación revolucionaria y legalista del Gran Paladín Centroamericano.

SEGUNDO.- El otro trabajo presentado con el título «ENSAYO Y CONSIDERACIONES HISTÓRICAS SOBRE LA VIDA Y OBRA DE FRANCISCO MORAZÁN», del que es autor Justo Urbano (seudónimo),

reúne cualidades suficientes y el Jurado declara que merece mención honorífica, recomendando a la Universidad que sea publicado en el número de ejemplares que se juzgue conveniente; de los ejemplares que se editen, estima equitativo que dos terceras partes sean obsequiadas al autor, y la tercera parte restante quede como propiedad de la Universidad.

En fe de lo cual, hacen constar que se atuvieron en un todo a las bases del Concurso, habiendo emitido el presente fallo con la debida imparcialidad, firmando la presente:

RAMÓN E. CRUZ

VÍCTOR CÁCERES LARA

ERNESTO ALVARADO GARCÍA

ACTA No. 2

En la ciudad de Tegucigalpa, D. C., a los diez días del mes de septiembre de mil novecientos sesenta y cinco, reunidos los suscritos Arturo Quesada, Rector de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras y Adolfo León Gómez, secretario general, se procedió de la siguiente manera:

1° —De conformidad con las disposiciones que reglamentan el *Concurso de Ensayo para América y España: Francisco Morazán*, se conoció del Acta N° 1 emitida por el Jurado Calificador integrado por los señores Ramón E. Cruz, Víctor Cáceres Lara y Ernesto Alvarado García, cuyo fallo consta en el Acta levantada el día jueves nueve de septiembre de mil novecientos sesenta y cinco.

2° —En vista de las réplicas presentadas con los trabajos concursantes «Perfiles Heroicos: vida y obra de Francisco Morazán», bajo el seudónimo Alejandro de Caledonia; «Ensayo y Consideraciones Históricas sobre la vida y obra de Francisco Morazán» bajo el pseudónimo Justo Urbano, se procedió a la apertura de las mismas correspondiendo a los nombres de los autores de los trabajos así: Alejandro de Caledonia (el señor Néstor Enrique Alvarado) y Justo Urbano (el señor José Ricardo Dueñas Van Severen). En vista del fallo emitido por el Jurado Calificador se declara Trabajo Premiado y como ganador del Concurso, el presentado bajo la denominación «Perfiles Heroicos: vida y obra de Francisco Morazán» y con el pseudóni-

mo Alejandro de Caledonia, que corresponde al señor Néstor Enrique Alvarado.

3° —Al trabajo: «Ensayo y Consideraciones Históricas sobre la vida de Francisco Morazán» bajo el seudónimo de Justo Urbano que corresponde al señor Ricardo Dueñas Van Severen, con base al fallo del Jurado Calificador se le otorga Mención Honorífica.

Y para constancia, se firma la presente Acta.

A. QUESADA ADOLFO LEÓN GÓMEZ

CONTENIDO

Presentación 7

Primer premio de Literatura 9

Actas 11

I. Introducción 19

II. El impacto de la libertad 23

III. Las minorías superiores frente a frente 27

IV. Surge el sol por el oriente 33

V. Preparando el camino 39

VI. La Revolución Liberal de 1829 47

VII. Características y problemas de la Revolución 51

VIII. El sufrimiento del progreso 57

IX. Guerra de independencia y disensiones internas.....65

X. Agonía de una República.....71

XI. La catástrofe.....83

XII. El final y el fondo de sus causas.....89

XIII. Realizaciones y frustraciones.....99

XIV. Ideas y propósitos.....103

XV. La hidra del separatismo.....107

Epílogo.....113

General Francisco Morazán (1792-1842)

I

Introducción

Al despuntar el siglo XIX, una extensa bruma de ignorancia y de atraso flotaba sobre la vastedad del Nuevo Mundo. Había en el ambiente centroamericano una letárgica sensación de lejanía. El soplo vital se desplazaba con la lentitud de una aurora interminable que apenas comenzaba. Prevalecían las sombras medievales, aunque se debilitaban ya al influjo del astro de la libertad que iluminó Filadelfia y resplandeció en París con un fulgor que brotaba de la espada de Washington y del verbo de Robespierre.

Estaba demasiado lejos en la historia y en el recuerdo la floración estupenda del pensamiento griego, pero habían llegado sus pulsaciones hasta la antigua Capitanía General de Guatemala a través de la epopeya independentista norteamericana, la eclosión del genio revolucionario francés y la liquidación del colonialismo en la América Hispana. Con la promulgación de los derechos del hombre se operó un cambio de frente en

la marcha de la humanidad. Se impuso la democracia sobre el absolutismo monárquico. La razón del derecho —o el derecho de la razón— fue como una tea inmensa sostenida por el fuerte brazo del progreso, encendida por encima de las mitras y las coronas, a la vista de todos los pueblos, para disipar la espesa niebla del fanatismo y la ignorancia que por largos siglos mantuvo cerrados los ojos de la conciencia.

Surgió la aurora liberal como un ramillete de ideas y esperanzas que transformarían al siervo feudal en ser humano consciente, al colono en revolucionario y al súbdito en ciudadano. Se inició una nueva corriente filosófica más vital que las anteriores y se adoptó colectivamente una actitud distinta.

Esto es la auténtica «Revolución Mundial» que venía al seno de la humanidad, envuelta en los pliegues creadores del pensamiento, la ciencia y la cultura.

El fenómeno independentista en América fue una extensión del renacimiento helénico en la Europa continental y, especialmente, en aquella de sus porciones, la más inquieta y pujante, que se trasladó al Nuevo Mundo a bordo del *Mayflower*, para crecer incontenible hasta darle forma a su nueva patria. El gran clamor del colérico populacho parisiense estremeciendo los muros de la Bastilla tuvo su eco en los épicos gritos de Dolores y de Yara, se transformó en el estruendo de los cañones de Carabobo, Ayacucho y Junín. Así, de las sombras del viejo sistema se desprendían los vagidos del nuevo.

Pero el espíritu colectivo de conservación del privilegio se replegó entonces a sus últimos y más fuertes

reductos. Después de sus primeras derrotas reaccionó con energía y se resolvió a sobrevivir a toda costa. Reorganizó sus cuadros dispersos en un bloque de voluntad conservadora y consiguió detener en su caída algunos tronos embestidos por el liberalismo doctrinario. No fue posible aniquilar totalmente al desplazarlo de su posición rectora. Continuó conspirando en la sombra para hacer fracasar la gran aventura de la libertad. Sobre los rescoldos de su antigua hegemonía, levantó nuevos baluartes y pudo abrir nuevos frentes. En un intento por restaurar el emblema del colonialismo en nuestro hemisferio, se introdujo astutamente por los resquicios de las nacientes repúblicas y se infiltró en sus noveles instituciones.

Fue en estas circunstancias que Francisco Morazán, el héroe de la gran tragedia centroamericana, inició su carrera política. La Patria Grande comenzaba débilmente a tomar forma, emprendía su larga y penosa marcha de la sombra hacia la luz. Al completarse el desarrollo de su privilegiada inteligencia se aceleraba el desmoronamiento del feudalismo europeo, trasladado a la ubérrima América siglos atrás, coincidiendo así la plenitud juvenil del predestinado con el crecimiento de la libertad política y espiritual.

Su niñez y juventud debieron transcurrir en el seno de una tranquila existencia familiar. Tegucigalpa, su ciudad nativa, era un rincón que inspiraba confianza y paz. Muy lejos aún de la ululante vacuidad de la civilización materialista y la civilización moderna, prevalecía allí un ambiente favorable a la contemplación. Más limitado el ámbito de las preocupaciones y más extenso el del tiempo

y el espacio, era posible entregarse con toda libertad a la mágica fluidez de incontables horas de lectura y meditación. Este era entonces el medio más favorable de obtener la educación. La providencia no descuidó ni el pequeño detalle de los libros y los mentores en la preparación del instrumento humano que había de utilizar para vigorizar la faz de una nueva vida a la que nacía Centroamérica.

Por todo esto, al despuntar la hombría en el alma superior del Caudillo, le encontró dueño de un magnífico caudal de conocimientos y de pensamientos que constituían un acervo de lo más sustancioso y avanzado de la cultura e ideología contemporánea.

II

El impacto de la libertad

A partir del 28 de septiembre de 1821, la vida en Tegucigalpa no volvería a ser la misma de antes. Ese día arribaron los Pliegos de la Independencia declarada en Guatemala, sus ardientes partidarios pasearon su alborozo por las calles y plazas de la pequeña ciudad, ignorantes aún de que, si bien se lograba un gran avance, se adquiría una gran responsabilidad. Saltar de la colonia a la independencia como sistema de gobierno y de convivencia equivalía a promover el fin de una tranquilidad bucólica de varios siglos y penetrar de lleno por desconocidos caminos que traerían desconsuelo, inquietud y tragedia.

Cinco días después cumpliría Morazán 29 años y era un hombre completo, jovial y simpático. Había venido al mundo en el seno de una familia de ascendencia italiana y española; luchadora, fuerte y honrada que labró una posición en la minería, seguramente en la agricultura y el comercio también. La armonía de su existencia formó el carácter del joven con los moldes de un innato respeto a sí mismo y amor por la justicia. De su ascendencia latina

heredó la penetrante imaginación, el genio capaz de realizar y de crear, pero no el temperamento exuberante, bullicioso y violento. Era lo que podría llamarse un tipo hermoso, de cabeza bien proporcionada, abundante y ondulada cabellera negra, tez blanca, facciones helénicas, mirada tranquila, alta estatura y figura delgada. Su paso era firme y elegante, su figura atractiva, su verbo fácil y su continente sencillo. Su personalidad conquistaba la lealtad de los amigos, tanto como la profunda admiración de las mujeres. Tenía una buena salud, un cerebro ágil y un sistema nervioso perfectamente equilibrado. De aquí la característica fundamental de sus actuaciones: la serenidad a toda prueba frente al peligro, a los problemas de toda índole, a las gravísimas responsabilidades sobre él recaídas, y al final, frente a la muerte. Tenía poca escuela, como era corriente en aquella época, pero mucha lectura y la afortunada facultad de recordar con facilidad cuánto conocimiento asimilaba. Se expresaba y actuaba con precisión, sin precipitaciones. Es poco probable que haya tenido enemigos en su corta vida privada. Aunque no se le brindara afecto, había que respetarle porque su persona irradiaba natural autoridad.

Había llegado la independencia por fin, por tanto, tiempo esperada y tan fervorosamente anhelada por muchos. Advino sin sacrificios, sin la gloria epopéyica que precedió en el norte y Sudamérica.

Aquel año de gracia no tenían los centroamericanos —al revés de sus hermanos del norte y del sur— grandes fechas que se debían celebrar, ni sonoros nombres que recordar, pero tenían la libertad, es decir, la facultad de

emprender por sí solos el camino hacia la ejecución de su destino, el cual tendrían que forjarse por su propio esfuerzo. También tenían un valioso elemento: el entusiasmo de la inexperiencia. Eran una patria joven que sentía la emoción indecible de aprestarse al desafío del futuro. Se creían capaces de aprender, trabajar y luchar. Recogieron el guante que la providencia arrojó a sus pies, con entereza, sobriedad y alegría.

El partido tradicionalista era vitalmente fuerte y continuó influyendo en el rumbo de los acontecimientos en dirección idéntica a sus intereses y su particular modo de interpretar la política y las cosas, en estrecha relación y convivencia con el amo indiscutible de la mente popular: el clero.

Quizá con un sentido más objetivo y práctico de la realidad de lo que pudiera creerse, el incipiente Gobierno Centroamericano resolvió la anexión de su territorio al Imperio Mexicano de Iturbide, el que prometía convertirse en una potencia continental con suficiente solidez y capacidad para proteger a Centroamérica, más aún de lo que esta pudiera hacerlo por sí misma. Pero estaba escrito que los extremistas republicanos tumbarían el Imperio y pondrían a paso de vencedores el emblema democrático sobre el Nuevo Mundo.

Después de una larga noche de vacuo marginamiento, en el amanecer de la «Revolución Mundial», se había puesto en marcha para Centroamérica la rueda de los acontecimientos. Ya nada podría detenerla. La historia se escribía rápidamente en San Salvador con la sangre generosa vertida por un pueblo heroico y rebelde, en defensa

de su ideal contra las huestes del general Filísola, y en Guatemala al declararse por segunda vez la independencia definitiva el 19 de julio de 1823.

Pugnaba la República por organizarse y consolidarse bajo las más precarias circunstancias.

El sistema económico nacional tenía por base una primitiva rutina de producir lo indispensable para el consumo inmediato. Las pequeñas comunidades se hallaban casi aisladas y dispersas, encontrando serios obstáculos naturales para intercomunicarse. El desarrollo comercial no podía ser más rudimentario. La explotación minera, fuente anterior de ingresos regulares, ya no producía lo mismo. Las circunstancias impedían que pudiera contarse con los mercados europeos, los que, por otra parte, se hallaban en crisis debido a las grandes conmociones bélicas recientes.

No había técnica ni capital para emprender un adecuado desarrollo industrial ni una clase patronal audaz y próspera que pudiera crear un buen número de empleos remunerados, sin un sistema de instrucción pública ni de asistencia médica y social, no parecían quedar esperanzas de disponer de una renta nacional suficiente para sostener el gobierno y sus indispensables dependencias. Ni siquiera se podía pensar, razonablemente hablando, en eficientes servicios públicos.

Estas infortunadas circunstancias, sumadas a la inexperiencia política, la falta de unidad de pensamiento y acción en todas las capas sociales de Centroamérica, prometían hacer sumamente difícil el primer ensayo de República Federal.

III

Las minorías superiores frente a frente

Continuaba el desarrollo del hondo drama de lo que después se llamó «La Patria Grande».

El primer actor, Francisco Morazán, esperaba la señal del destino para entrar en escena. En la figura de un gran hombre, con la visión del estadista y la espada del guerrero, pero fundamentalmente humanista, iba a representar el papel de la providencia. El final sería doloroso y trágico, profundamente revelador de la gran desgracia de un pueblo, como suelen ser las derrotas del bien y la justicia bajo los golpes de las fuerzas ciegas del mundo.

Paralelamente al devenir de los acontecimientos nacionales, se hace indispensable dilucidar los orígenes de estos.

A pesar de sus buenas intenciones, el presidente Manuel José de Arce, mediante una serie de actos impolíticos y decisiones inoportunas, había promovido el desenvolvimiento de incontrolables circunstancias que

conmoverían las bases de la unión centroamericana. Sin encontrar medios de restablecer la armonía mediante la implantación de un clima de tolerancia, comprensión y confianza, provocó un estado de explicable rebeldía en los Estados de El Salvador y Honduras.

Confió más de lo necesario en el extremo recurso de la fuerza. Se aferró a sus personales puntos de vista políticos, buscando el restablecimiento de la autoridad central por métodos contraproducentes. Sus planes militares, triunfantes al principio, fueron liquidados por el éxito de la Revolución Legalista de 1829 que atravesó las campiñas de victoria en victoria hasta restablecer el poder constitucional.

Para entonces ya se perfilaba con claridad la orientación, naturaleza de las dos inevitables y poderosas corrientes del pensamiento político en Centroamérica. La que surgió de la esencia de una tradición vital de tinte conservador, con raíces profundas, sólidas en las reconditeces del tiempo y del alma popular, por una parte, y el calor formidable de las ideas renovadoras por la otra.

Sobrevino de manera natural la formación de los dos partidos que, arrancando de una comunidad básica de actitudes frente a la inestabilidad histórica de la independencia, comenzaron muy pronto a disputarse la supremacía del control político para imprimir su propio sello al desarrollo de los negocios públicos.

Era la cosecha exuberante del pensamiento de la Europa revolucionaria que se reproducía en el Nuevo Mundo, en donde las clases pseudoaristocráticas del estrato social, en más directo contacto con el alma de la

energía tradicionalista y el clero, ocuparon su posición correspondiente a la cabeza del bloque conservador, mientras que el liberalismo fue al principio una pequeña punta de lanza de la clase media, que tenía la grandeza de razonar por su cuenta con la mira puesta en el progreso y en la libertad.

Contrario a lo que pudiera creerse, el liberalismo ideológico que constituyó la razón de Estado y motivación política para Morazán, no era simpático a las capas inferiores de la burguesía. La independencia incluso no lo fue, sino por la torpeza del monarca español Femando VII al derogar la Constitución decretada por las Cortes de Cádiz en 1812. Este acto irrazonable resolvió a los indecisos y aún los realistas criollos no encontraron ninguna posible alternativa a la demanda general que concluyó una soleada mañana en la noble Guatemala, bajo los rasgos de la pluma prestigiosa del más insigne teórico de la época, José Cecilio del Valle «El Sabio».

Más aún, la masa popular se aferraba a sus hábitos mentales bajo el régimen colonialista. Rechazaba casi instintivamente cuando no estuviera de acuerdo con las creencias que había aprendido y heredado a través de muchas generaciones, mediante la penetración persistente y casi heroica realizada por las misiones católicas, de las que podría decirse que conquistaron todo un mundo salvaje para la Madre Patria en un sentido más cabal y de manera más completa que los bravos guerreros barbados de Cortés, Alvarado, Olid y Pizarro.

A los ojos del pueblo, el privilegio no era más que una circunstancia natural de la existencia en aquel tiempo. La

Iglesia predicaba la obligatoriedad del conformismo y el carácter pasivo del indígena. Hacía inexistente cualquier posibilidad de considerar el hecho de que la poca riqueza del país estaba mal distribuida. Desconocían a los sencillos campesinos y proletariado urbano, desconocían las condiciones en las que se desenvolvían otras sociedades que no fueran las pequeñas comunidades en que nacían, vivían y sufrían, por lo que no estaban en una situación de juzgar y menos de tomar iniciativas. Aceptaban sin problema su extrema pobreza. Las enfermedades eran más frecuentes y hay que suponer que no siempre obtenían buenas cosechas por lo que en ciertas épocas debieron padecer hambre. Su destino era oscuro e inescapable. La idiosincrasia popular prevaleciente se proyectaba en un sentido favorable a la preservación de las condiciones de supremacía de la pseudoaristocracia.

Esta, por su parte, constituida por un grueso núcleo ultramontano, ofrecía ciertos importantes méritos. En su seno comenzaron a tomar cuerpo las doctrinas nacidas de la Revolución Francesa y hondas meditaciones debieron haber perturbado a algunos nobles de la época, puesto que, además de ser los ricos, eran también los ilustrados, los que tenían mayor acceso a la cultura los que recibían libros, noticias y pedían comentarlas o discutirlas con cierta libertad en sus conciliábulos y reuniones. Fueron pequeñas minorías de estos «bien nacidos» las que primero abrazaron la ideología liberal e independentista. De ellas surgieron algunos de los inspiradores y líderes de los movimientos armados anticolonialistas en San

Salvador, León, Granada, Managua y Guatemala por los años de 1811 y 1813.

A estas minorías excelentes de aristócrata extracción se unieron los adalides de la clase media, quienes, por su parte, habían abogado también con igual decisión por la causa libertadora fomentada en forma significativa por los errores de los Borbones, quienes arrastraron en su desprestigio a toda la nobleza española.

Fue así como desembocó el proceso liberalizante en la conformación y enfrentamiento de dos bloques de opinión centroamericana, separados por un abismo de intereses creados, por crearse e interpretando de muy distinto modo el fenómeno político de su patria y de su época. «Serviles» y «fiebres», es decir, conservadores amalgamados con liberales moderados y ardientes revolucionarios republicanos darían forma a la epopeya ideológica iluminada por el genio indiscutible de Francisco Morazán, ilustrada por la magnitud de su obra progresista y por la inmensidad de su martirio.

Por circunstancias históricas irrebatibles, la primera fase de la lucha que se inició con la independencia en 1821 y continuó con la Revolución de 1829 que concluiría con una derrota centroamericana. Las luces del progreso temblarían azotadas por la tempestad furiosa del salvajismo victorioso que promovió la fatalidad y acaudilló la noche encarnada por una siniestra figura indígena que había sido porquero en la bucólica campiña de Mataquescuintla.

IV

Surge el sol por el oriente

Si Morazán hubiera nacido en la Atenas de Pericles, este le hubiera incluido entre sus consejeros.

Si después de entrar triunfante a Guatemala un fulgurante 13 de abril de 1829 hubiera desembarcado en Marsella o en Tolón, y si en esa época hubiera brillado aún en todo su esplendor de gloria el sol de Austerita, el emperador de los franceses, hubiera enviado a uno de sus ministros a ofrecerle el bastón de Mariscal.

Cuando el Ejército Federal, bajo el mando de Justo Milla, se aproximaba a Comayagua en abril de 1827, hacía pocos años que Morazán se había radicado en esta capital debido a las responsabilidades de su alto cargo en el Gobierno del Estado, bajo la jefatura de su ilustre tío político don Dionisio de Herrera. Este le había nombrado secretario y encargado del Despacho General, puesto que poco después había dejado para ocupar el de presidente del Consejo Representativo. Allí había contraído nupcias con la bella y talentosa dama doña María Josefa Lastiri.

En esta gestión oficial hubo que hacer frente a la penuria económica y a las graves dificultades de carácter político planteadas por la actitud disociadora, subversiva e intransigente de la oposición antiliberal, dirigida por el combativo sacerdote Nicolás Irías, con el cargo eclesiástico de provisor. Pese a ello, Morazán pudo interponer su capacidad y prestigio en Tegucigalpa a fin de resolver por medios pacíficos una serie de conflictos entre tradicionalistas y revolucionarios. También trabajó muy eficazmente en el estudio del problema económico fiscal, habiendo gestionado el establecimiento de un cuño. Muchas otras cuestiones oficiales debieron de haber ocupado la atención del Gobierno en aquella agitada época, cuanto más graves se trataba de un país en pleno período de organización, afanoso por alcanzar un rápido desarrollo y estabilidad político-social.

Lo más destacado de la actuación de Morazán en el período de Gobierno de don Dionisio fue indudablemente su cooperación muy importante a la defensa del país frente a la invasión del Ejército Federal. Este llegaba en nombre de una oligarquía reaccionaria emplazada en Guatemala, que había conseguido confundir y comprometer en sus maquinaciones al presidente de la República, el general Arce, tendiente a la imposición forzosa de un orden político favorable a la pseudoaristocracia y al sostenimiento de sus privilegios clasistas. Los gobiernos estatales de Guatemala, El Salvador y Honduras, por ser de extracción liberal y oponerse lógicamente a tales pretensiones, constituían obstáculos intolerables para el bando tradicionalista. El primero había sido eliminado

y sustituido por serviles. El segundo se hallaba peligrosamente asediado por los ejércitos federales, y ahora le tocaba el turno al tercero.

Sin esta desdichada ocurrencia, la existencia de Morazán hubiera transcurrido apacible, pletórica del suave calor de la familia y amistades. Posiblemente con el tiempo tendría oportunidad de alcanzar mayores triunfos en la carrera política debido a sus incuestionables virtudes o capacidades y a su constante empeño en cultivarlas mediante el estudio. Pero estas notables condiciones precisamente habían de impulsarlo por el difícil camino que después siguió y que le llevaría al pináculo de las más grandes realizaciones.

La heroica resistencia en Comayagua y la sangrienta escaramuza en «La Maradiaga» fueron su bautismo de fuego. Hay que tratar de imaginar la tremenda conmoción emocional que sacude a un hombre civilizado cuando se encuentra por primera vez en el fragor de un combate a muerte. La violencia le compelió brutalmente a sobreponerse y adaptarse a esta horrible modalidad del hacer humano. Su deber no le dejó otra alternativa. Estando sitiada la capital debió haber afrontado grandes peligros cuando salió en busca de auxilios a Tegucigalpa, pero el sacrificio y la actividad fueron en vano. Los sitiadores rindieron la ciudad el 9 de mayo de 1827. Don Dionisio fue remitido preso a Guatemala y a Morazán no le quedó más partido que buscar su seguridad.

Sin embargo, no podía sustraerse a la situación general que envolvía en un gran desorden al Estado y a la República. Rugía una estructura de guerra civil. El

Salvador todavía resistía heroicamente y hasta había enviado un cuerpo de ejército en auxilio de Herrera, que desgraciadamente llegó tarde. ¿Qué iba a hacer? ¿A dónde iría? Podía buscar la manera de incorporarse a las fuerzas defensoras salvadoreñas, pero habría tenido que recorrer una enorme distancia, sin recursos ni guías. Además, fuerzas enemigas se interponían en el camino y hubiera sido sumamente difícil eludirlas. Lo precario de su situación se evidencia por el desconcierto que agitaba su espíritu. Trató de emigrar, pero luego cambió de propósito. Retornó a Honduras. Solicitó garantías a las autoridades federales para reunirse con su familia y permanecer pacíficamente en el país, con la intención de aceptar como un hecho consumado el revés del ejército hondureño, conformarse con el nuevo curso de las cosas y dedicarse a la vida privada.

Este detalle importante corrobora su vocación pacifista, su muy humano y comprensible deseo de no participar en la violencia que se había desatado. Su única mira era disfrutar de libertad para vivir sin complicaciones, con la diaria satisfacción que prodigan la compañía, el cariño de los seres queridos, la atención de todas aquellas cosas que constituyen el patrimonio espiritual y económico del hombre. Asqueado de la guerra y la política, atraído por la serena belleza de la vida campesina en aquel tiempo.

Pero ya no le pertenecía y este último recurso de escape le fue arrebatado por la perversidad de quienes le engañaron concediéndole las garantías —salvoconducto que solicitaba— y encarcelándole después sin provecho

alguno para nadie, ni siquiera para quienes buscaban la dudosa satisfacción de la venganza.

Es curioso, y a la vez interesante, descubrir por qué medios misteriosos, sutiles y perfectos pone en juego la providencia sus recursos infinitos, haciendo surgir los más insospechados efectos de las circunstancias y sucesos diversos, para que converjan después, con toda precisión, en el grandioso proceso de sus designios. Si no hubiera sido por la mala fe de las autoridades federales en esta ocasión, el giro de la historia centroamericana habría tomado un rumbo distinto.

V

Preparando el camino

Por cierto tiempo, la paz y la libertad de Honduras dependieron del grado de resistencia del ejército salvadoreño. Si este hubiera sido vencido, la guerra habría trasladado su escenario hacia el norte y todo concluida en pocas semanas. Los patriotas hondureños, igual que los salvadoreños, hubieran pagado tal vez con su vida la rebeldía.

Entre las innumerables batallas de aquella larga guerra civil hay algunas que llegaron a ser decisivas. Milingo, La Trinidad y Gualcho constituyen los pilares del triunfo legitimista. En la primera, el ejército de Guatemala perdió para siempre su oportunidad de someter la fiera resistencia de El Salvador. En la segunda quedó sellada la liberación de Honduras y la tercera marcó definitivamente el destino adverso de las armas federales.

Cuando Morazán acudió a las autoridades de Nicaragua en demanda de ayuda, para reiniciar la guerra en Honduras era un simple particular. Sin embargo, se le

auxilió con un contingente armado que, si bien era pequeño, simbolizaba la confianza que fue capaz de inspirar. Los restos del desafortunado contingente salvadoreño derrotado por Milla en Sabanagrande lo encontraron en Choluteca. Tenían seguramente el espíritu decaído, pero de nuevo entró en acción la superioridad anímica del patriota hondureño y los salvadoreños se incorporaron a su fuerza, revolviéndose a retornar con él a medirse con el enemigo común.

En la batalla de La Trinidad quedó consagrado Morazán como un auténtico libertador de su patria. Su triunfo constituyó el extraordinario resultado del valor idealista, pues sus soldados eran bisoños en su mayor parte y se enfrentaron en número muy inferior a los bravos veteranos de Milla. Estos tenían, además de su experiencia y armamento superior, con la moral muy en alto debido a su experiencia y sus continuos triunfos recientes. Era una tarea para un gran capitán.

Fue aquí donde surgió el sol de la Revolución Progresista que alumbró por todo un largo día de diez años sobre el destino de Centroamérica.

Incidentalmente, llama la atención el extraordinario talento guerrero de Morazán, quien nunca asistió a una escuela militar.

Cuando actuaba en campaña tenía un golpe de vista certero y la apreciación infalible de una situación, por más inesperada que surgiese. Casi adivinaba las intenciones de un jefe enemigo y se adelantaba a sus movimientos, manteniendo en todo momento la capacidad de establecer una línea defensiva en peligro,

asestar un contragolpe rápido y muchas veces decisivo, para dislocar un punto cuidadosamente escogido en los cuadros contrarios. Podía calcular con precisión anticipada en el balance final entre ventajas o desventajas de diverso orden que se intercambiaban en el curso de una batalla. Confiaba más en las características psicológicas del factor humano que en la naturaleza del terreno o la potencia de fuego, como quedó de manifiesto en varias ocasiones —Gualcho y El Espíritu Santo— en que se resolvió audazmente a comprometer su suerte en difíciles encuentros con fuerzas enemigas superiores por su número y mejor emplazadas. Sus batallas fueron lo más grande que podía producirse y concebirse en aquellos tiempos en Centroamérica. Las tropas a su mando confiaban plenamente en él, compartían su valor personal, su fe en la victoria y la justicia de las causas que siempre defendió.

¿Qué hubiera pasado si Milla triunfaba en La Trinidad? Los ejércitos de la reacción pseudoaristocrática habrían irrumpido por San Miguel para comprimir a los de El Salvador en una trampa mortal. Atacados en dos frentes, estos hubieran sido irremisiblemente vencidos. Centroamérica entonces se hubiera convertido en un pequeño imperio de la sombra bajo la égida fanática de la teocracia. El partido de la independencia habría sido barrido y la luz de la libertad se habría extinguido. El privilegio habría sido el amo y el pueblo la reserva de esclavos, para el servicio de los «nobles» como en tiempos de la colonia. El gobierno de los escapularios habría invitado a España para que ocupara nuevamente

su antigua Capitanía General. La península se habría apresurado a aceptar el generoso ofrecimiento y habría preparado una guerra en gran escala contra México, el que se hubiera visto en una grave situación, amenazado simultáneamente desde Cuba y desde Guatemala.

El destino de la mitad de la América Hispánica dependió de la inspiración de un hombre que no perdió la esperanza y pudo ascender a la cima del renunciamiento, desde donde todos los sacrificios son posibles.

El 11 de noviembre de 1827 quedó abierto en Honduras el camino de la restauración y legalidad. Milla actuó de manera extraña ya que pudo continuar la lucha y ofrecer dura resistencia en Tegucigalpa o aún en Comayagua. Disponía de recursos para reorganizarse. Sin embargo, emprendió la marcha de regreso, sin detención, hacia Guatemala. Es posible que, siendo hondureño al fin, la derrota le hizo recordarlo y reconocer que peleaba en el bando injusto contra hombres que defendían su patria y su libertad.

El Estado se hallaba sin dirección y todavía ocupado por el invasor en el norte y occidente. Morazán reorganizó el gobierno y expulsó al enemigo definitivamente. Impuso la razón sobre la actitud intransigente del partido subversivo del provisor Irías. Obtuvo fondos para financiar los gastos de la administración pública, aumentó el poder y eficiencia del ejército. Tenía un compromiso de honor y conveniencia con el Gobierno de El Salvador. De honor porque debía gratitud por la ayuda que aquel le había prestado en los momentos difíciles de la lucha, aun cuando se enfrentaba al terrible empuje de

la tiranía. De conveniencia porque era preciso impedir que esta triunfara. La alianza era forzosa. Despachó prontamente un auxilio militar hacia El Salvador, pero este fracasó. La situación se tornaba más y más precaria. Un poderoso contingente federal se aproximó a la frontera hondureña desde San Miguel. La comandaba uno de los jefes más capaces, más valientes y menos honorables de los Arce, Beltranena y Aycinena. El famoso coronel Vicente Domínguez, mercenario a sueldo de la oligarquía.

Frente a tal gigante era preciso oponer otro igual. Morazán depositó el poder civil en el vicejefe, don Diego Vigil, y tomó el poder militar. Marchó hacia el sur para dar un digno recibimiento a Domínguez. Pero este no apareció, pensando quizá que le convenía más atraer a su enemigo hacia su propio terreno y obligarlo a actuar bajo sus propias condiciones. Morazán entendió la jugada y se resolvió a recoger el guante.

La providencia estaba sometiendo a dura prueba el valor y la resistencia de los luchadores de la libertad. El enemigo era más fuerte, diestro en el arte de la guerra, fogueado y endurecido en muchos combates. Le respaldaban y sostenían los cuantiosos recursos del Estado más rico de la República, controlados por la minoría regresista. Hombres que no fueran de superior calidad cívica no podrían enfrentarse con medianas posibilidades de éxito a semejante obstáculo. Morazán era la clase de líder que las circunstancias requerían para vencerlo. Inspiró su grandeza moral a sus soldados. Buscó al enemigo en las márgenes del caudaloso Lempa. Bajo el

incesante castigo de las lluvias torrenciales, desde las sombras de la noche y hasta las brumas del amanecer, el rugir del cañón pronunció su sentencia. Al dispararse el último tiro se divisó en el sangriento horizonte la sonrisa de la victoria.

Esta batalla dio el triunfo más espectacular a la carrera militar de Morazán. Su obra revolucionaria y democrática parte y se extiende desde aquí. Pese a los importantes triunfos de sus fuerzas, El Salvador no hubiera podido resistir indefinidamente el asedio contrario. El descalabro de Domínguez reforzó la heroica voluntad de los patriotas aliados, a la vez que cubrió todo el gigantesco esfuerzo federal con el frío sudario del derrotismo.

Decidida la suerte de la guerra en las llanuras de Gualcho, quedaba sin embargo un largo y duro trecho hacia el final. El contingente nicaragüense que formaba parte del ejército triunfante, ya gravemente desangrado, se empeñó en abandonarle. Había que cancelarle sus pequeños emolumentos y, en compañía de la fuerza salvadoreña que se le había reunido, marchó a San Miguel para tratar de obtener fondos. Esta era una costumbre generalizada por las necesidades de la guerra.

Muchos «pudientes» de San Miguel habían prestado sustancial y voluntaria ayuda a Domínguez, y hasta se habían tomado la molestia de salir en vías de paseo, tras su columna con el objeto de solazarse ante el espectáculo de la destrucción de los aliados. Nada tan justo como considerarlos enemigos y tratarlos en consecuencia. No habiendo tomado las armas, se respetó su vida, su libertad y sus pertenencias, previo pago de una contribución

forzosa para proveer al sostenimiento de hombres que habían llegado de muy lejos a sacrificarlo todo por la causa de la justicia.

El jefe hondureño tuvo la prudencia de no presionar excesivamente a la fortuna que había premiado su intrepidez. Aunque dueño de la situación, temporalmente, no le era posible reorganizar y aumentar su ejército en forma efectiva para la última jornada triunfal. Tuvo que retomar a marchas forzadas hacia Tegucigalpa.

Entonces se encuentra con la grave situación planteada por la rebelión de las apotecas. Se pone activamente a trabajar. Somete a los rebeldes. Allega fondos, la más difícil de todas las tareas. Reorganiza, aumenta y disciplina un respetable ejército de 1,600 hombres. Todo esto en solo dos meses, teniendo en cuenta la dificultad de las comunicaciones y la penuria económica. Sale con su ejército hacia el sur en auxilio de los salvadoreños. Las formidables fuerzas federales que los atacaban por todas partes habían sitiado a la capital. Pero Morazán está en camino. Se corre la voz entre las tropas contendientes, las que empujan y las que defienden: «¡Ahí viene Morazán! Trae un formidable ejército. Estamos perdidos», dicen unos. «Estamos salvados», dicen otros.

Los acontecimientos se precipitan entonces. Los sitiadores guatemaltecos, cosa rara en los anales de la guerra, capitulan ante los sitiados salvadoreños. El último ejército federal, poderoso, pero sin el entusiasmo bélico de mejores días, pretende contener el avance del héroe en San Antonio. Ya no es capaz de pelear. Está moralmente derrotado a la sola vista del ejército hondureño. La

acción es floja. El jefe guatemalteco Aycinena opta por capitular. Las condiciones del vencedor son generosas. Los guatemaltecos se van para no volver. La primera etapa de la guerra está ganada. Después de las victorias de Mexicanos y San Antonio, la ofensiva queda en manos de los aliados.

VI

La Revolución Liberal de 1829

El pensamiento de la Francia inmortal del 93 había impulsado un incontenible proceso civilizador: la revolución mundial. La marcha sobre Guatemala dirigida por Morazán fue un resultado lógico de las trágicas circunstancias puestas en marcha por la desafortunada política de Arce. La libertad atacada reaccionó contra la opresión. La razón ejerció su derecho a irritarse contra el error. La misma ley evolutiva que produjo la caída de «La Bastilla» produciría la de Guatemala. Aquello era el comienzo. Esta su continuación.

No se podría con justicia poner en duda el carácter legalista, liberal de la revolución, ni la elevación y pureza de sus miras.

Cierto es que el presidente Arce fue uno de los primeros centroamericanos ilustres que abrazó resueltamente la doctrina de la independencia y el régimen republicano. Cierto es igualmente, que fueron los liberales quienes se empecinaron en hacerlo su líder y lo elevaron a la más

alta magistratura del primer gobierno federal. Pero ya las cosas habían cambiado, quienes lo rodearon después, al final lo destituyeron y fueron los conservadores más exaltados. De hecho, Arce perdió la autoridad de su investidura por acción de estos antes de que la reacción guatemalteca fuera destronada por el movimiento revolucionario de los aliados hondureños y salvadoreños. El engranaje político y democrático del Gobierno Centroamericano había sido distorsionado, desnaturalizado, por las dificultades y disensiones que provocara la política imprudente de la dirigencia conservadora.

Un patriota de mejor sentido político y mayor experiencia —José Cecilio del Valle, por ejemplo— hubiera percibido la exacta realidad de una oscura excolonia que pugnaba por abrirse paso entre los obstáculos que levantaba su propia ineptitud cívica. Hubiera actuado con más tacto para conseguir algo tan sumamente difícil como la indispensable cohesión de sus Estados. Pero la impetuosidad de Arce produjo el extraordinario resultado de chocar con las autoridades estatales de Guatemala, Honduras y El Salvador al mismo tiempo. Que para ello hubo algunos motivos es cierto y comprensible. En un principio, era una necesidad primordial mantener el predominio de la autoridad federal y en este sentido Arce pensaba correctamente. Pero había que alcanzar este resultado básico sin la intervención de medios inapropiados y contraproducentes. Fue allí donde salió el vencedor de Arrazola. En una errónea búsqueda de un resultado aparentemente positivo, se transformó el Gobierno Federal en un poder negativo y opresor.

Así llegó al momento en que ya no quedaba más que la protesta armada para rectificar el trágico error. La revolución era la última alternativa y su líder habría de adoptarla con la certeza de cumplir con un ineludible deber, seguido por dos pueblos hermanos en el sufrimiento y en el heroísmo, convertidos en ejército para rescatar los fueros de la libertad.

La empresa implicaba un sacrificio y demanda, un líder que además de ser un héroe, fuera un miembro de la aristocracia espiritual, del intelecto, del sentimiento, y no por nacimiento. El destino había preparado convenientemente esa figura de tal manera que se adaptó por completo a las exigencias de las circunstancias. Su entrada en San Salvador, a la cabeza de sus vencedores y en octubre de 1828, fue una apoteosis. Le precedía el fulgor irresistible de la gloria y de la fama conquistada en La Trinidad, Gualcho y San Antonio.

Ninguno de los jefes militares que participaron en la guerra civil centroamericana se distinguió tanto como el general Morazán. En tanto que, combatió con mucho coraje, pero poca efectividad en los campos de Chalchuapa, Ahuachapán y San Salvador por cerca de dos años. A él le bastaron tres acciones decisivas para cambiar la dirección de la historia.

Las hostilidades no habían terminado, pero El Salvador y Honduras estaban ya libres de tropas enemigas al finalizar el año de 1828. El siguiente paso inevitable sería la invasión del Estado de Guatemala. La Asamblea de El Salvador nombró a Francisco Morazán, general en jefe del Ejército Aliado Protector de la Ley.

Identificado con la lógica de la historia, conoció el contenido social y político de la gran misión. No albergaba deseos de venganza, ni odiaba al fuerte adversario, ni ambicionaba el poder. Prevalecía en su espíritu un principio superior por el que amaba a Centroamérica tanto como veneraba la justicia. Era, sencillamente, un perfeccionista original, un patriota romántico que deseaba todo lo bueno posible para Centroamérica. Comprendió que la salud nacional en peligro, demandaba el cambio, o sea el reajuste de las cosas, lo que significaba derribar la oligarquía reaccionaria-clericalita, restablecer el orden constitucional, cerrando así las grietas que amenazaban la unión.

VII

Características y problemas de la Revolución

Se ha dicho que la carrera del héroe venerado por el liberalismo centroamericano fue «un gran combate librado contra trescientos años de absolutismo y tinieblas».

La revolución de 1829 fue algo más que una sucesión de cruentos combates o la sustitución violenta de un gobierno por otro, fue una epopeya del espíritu. Por encima del choque de las armas hubo un choque de ideas encontradas que no concluyó con la rendición de Guatemala. Eso era solo el comienzo. La obra revolucionaria continuó asentando la incontenible influencia del progreso, a la sombra del prestigio morazánico, hasta la liquidación de la República Federal.

El movimiento legalista peleaba en dos frentes. En el primero, combatía contra un régimen político perturbador de la paz social en el istmo. En el segundo, contra el fanatismo, en cuanto este presentaba un poderoso

obstáculo a la consolidación de la libertad, la difusión de las doctrinas democráticas y progresistas.

Por circunstancias económicas y políticas muy propias de la época, el más grueso e influyente sector de la clerecía centroamericana estaba concentrado en la capital y había establecido con el correr del tiempo sólidos vínculos con el gobierno colonial primero, y con el federal después. Esta indisoluble unidad entre la dirigencia política y la espiritual constituía una poderosa alianza que concentraba en su seno los privilegios, la dirección de los asuntos públicos, la tierra y la riqueza disponibles. Se apoyaba su posición, aparentemente inconmovible en la pasividad e ignorancia de las masas. Era subversiva y sacrílega toda circunstancia, idea, expresión o acción que no estuviese alineada con los intereses de la religión, la clase monástica y adláteres.

La revolución no se justificaría si no propiciara la transformación de ese Estado de cosas. Debería de significar un cambio estructural que permitiera la libre movilización de las energías nacionales hacia el cauce del progreso, la cultura y la libertad. Se requería una modificación sustancial en la actitud del poder político, transformando su secular pasividad y limitación de miras en un dinamismo constructivo. Para trazar los lineamientos del Estado social organizado políticamente, era preciso transformar los hábitos mentales y espirituales de los miembros del Gobierno y las clases intelectuales, así como la idiosincrasia de la gran masa campesina. La revolución tenía que cristalizar en el pensamiento y en la acción paralelamente. Tanto en el púlpito como en el es-

trado burocrático debían escucharse voces democráticas. No debía derramarse tanta sangre para nada. Era una tarea muy grande y muy seria. Se trataba nada menos que de encarrilar a una nación recién establecida, con todas las desventajas de un pasado defectuoso, por un sendero nunca antes conocido.

Lo más urgente era el restablecimiento de la legitimidad gubernativa. Era necesario restañar las heridas producidas por la prolongada lucha y mantener un ambiente colectivo favorable a la consolidación del nuevo régimen y su orientación. Había que fomentar una tendencia a preocuparse menos por los intereses de la clase privilegiada y más por la proletaria, la pequeña artesanía y la argamasa humana de la economía: el campesinado. Se experimentaba en el viejo mundo la proximidad del surgimiento de la técnica y la industria como factores nuevos en la escena política mundial, como instrumentos destinados a la producción de bienestar para la humanidad, razonablemente sujetos a la responsabilidad y al control de una gestión civilizadora del Estado, y era preciso que también Centroamérica se preparara a fin de incorporar este poderoso elemento positivo a su esfuerzo.

Toda esta grandiosa novedad que traería la revolución se perfiló en la mente poco clara de la reacción monástica y pseudoaristocrática de entonces, como el gran peligro que amenazaría su existencia, o los modos en que se desenvolvía. Temía tal vez con fundamento que los cambios que operarían en el seno de la sociedad y del Gobierno traerían su desplazamiento inevitable y posiblemente definitivo, de las alturas del poder

político-psicológico, que por un largo tiempo había ejercido sobre las masas. Estas, por su parte, no estaban en condiciones de imaginarse que la luz de la verdad y la instrucción las tomaría, de desposeídas y relegadas, en conjuntos humanos conscientes de su categoría y de su destino, mediante el ejercicio de la libertad y la superación cultural, bajo el mandato de la ley, en un régimen republicano y democrático.

Era una fatalidad histórica que la revolución se viera precisada a vulnerar el fanatismo religioso, al medio social que había creado, estacionario y por demás anacrónico. El jefe de la iglesia, gran número de frailes, así como los dirigentes políticos y militares que les eran adictos, cargaban con la primera responsabilidad de la ofensa a la ley, la paz y el orden. Fueron expulsados del territorio nacional. Se creyó que así quedaría cancelada su esperanza de restituir alguna forma de la servidumbre abolida. Estos personajes habían desvirtuado los principios del amor y la piedad que revisten al verdadero cristianismo, por cuanto habían conspirado en la sombra contra la vida humana, azuzando a la guerra y la destrucción como recursos extremos de sus designios de poderío. Habían atentado contra el progreso e inteligencia al engañar a los humildes predicando la ficción de que la causa de sus caprichos y egoísmos era la de Dios y que quienes llegaron a la sombra de la bandera morazánica «venían para destruir la religión».

La medida era, como se puede comprender, sumamente drástica, pero tan desgraciadamente inevitable como necesaria. Se justificó porque las circunstancias

revestían un carácter de grave emergencia nacional. De otra manera no sería posible consolidar la paz, marco imprescindible para desarrollar el programa de la revolución.

El Gobierno que Morazán ayudó decisivamente a constituir y que presidiría después por mandato y voluntad de las mayorías, iba a necesitar gran cantidad de recursos económicos para llevar a la práctica un plan de reconstrucción nacional. Por consiguiente, se interesó de lleno en el ingente problema de establecer un sistema económico progresista. Las circunstancias difíciles y los serios peligros que amenazaban la paz y la libertad, tan penosamente restauradas gracias al sacrificio generoso de los patriotas de Honduras, El Salvador y Guatemala, ameritaban la adopción de una política radical, a menos que deliberadamente se quisiera exponer aquellas valiosas conquistas al peligro de un poderoso golpe contrarrevolucionario, fomentado y apoyado por España, en un intento de someter de nuevo a su dominio todas o algunas de las colonias perdidas y transformadas en Estados independientes.

Con lo anterior no intentaban llegar los prosélitos de las nuevas ideas hasta el extremo de liquidar la fuerte y antigua institución de la iglesia a la que se veían precisados a respetar como parte angular del patrimonio espiritual del pueblo. Se pretendía simplemente reducir la acción religiosa a su ámbito natural y particular, sin permitirle maniobrar en el de la política con la dirección de las cuestiones que, por su naturaleza social y administrativa, correspondían al Estado seglar.

Una de las circunstancias más negativas de la época estaba constituida por la carencia de medios efectivos de información, así como la estrechez mental prevaleciente, que no permitieron explicar al pueblo el verdadero fondo de la cuestión, las causas que motivaron la expulsión de los sediciosos y la reforma del sistema tributario.

El intento de organizar la economía fiscal de manera adecuada a los requerimientos de la obra que debía emprenderse, chocaría con serios obstáculos, entre los cuales era el más notorio: la resistencia del pueblo. Acostumbrado a pagar los diezmos y primicias a la iglesia que, por su pobreza e ignorancia, resentía profundamente la imposición de otro tipo de cargas, por más que serían encauzadas hacia el afianzamiento de la autoridad federal, en equilibrio inalterable con el delicado ámbito de la semiautonomía estatal, y por más que hubiera tenido la mejor intención de retornar al contribuyente el producto de tales impuestos en forma de asistencia y servicios públicos, escuelas, vías de comunicación y todo aquello que tendiera hacia la superación de los bajos niveles de vida y cultura de la República.

VIII

El sufrimiento del progreso

Se ha querido manchar la hoja de servicios del vencedor de Gualcho mediante dos impugnaciones: primero, irrespetó el convenio de capitulación de la ciudad de Guatemala firmado el 12 de abril de 1829; segundo, actuó con excesiva dureza para con los vencidos particularmente el día 19 de abril, fecha en que gran número de personas fueron convocadas al local de una dependencia pública en donde se les capturó y fueron remitidos a prisión. La historia ha demostrado que ambos cargos carecen de fundamento.

En su memoria manifiesta el general Morazán —corroborado por los historiadores de aquella agitada época, en especial don Lorenzo Montúfar— que las autoridades guatemaltecas que capitularon frente a la ofensiva aliada, no entregaron todo el armamento que había en la ciudad, como se había estipulado. Por otra parte, de acuerdo con dicho convenio de capitulación, ningún individuo del ejército defensor debió haber abandonado la ciudad

portando armas. Este detalle no fue cumplido como se comprobó después, por informes que se tuvieron, de algunos atropellos cometidos en despoblado por dichos individuos. No había, pues, por qué rendir honor a un adversario que no lo merecía. Hubiera sido absurdo e incluso indigno cumplir unilateralmente un contrato del cual hiciera befa la contraparte.

En su calidad de general en jefe del Ejército Aliado, ofreció respetar las vidas y propiedades de los vencidos a cambio de una capitulación honrosa. Esto fue cumplido, pero cuando la Asamblea del Estado fue instalada este organismo decretó pena de muerte para algunos de ellos y confiscación de dichos bienes, lo cual no quiere decir que Morazán violó su palabra, la cumplió como militar honrado. No teniendo autoridad política, mal pudo haber influido para contrariar las decisiones de dicha Asamblea en las cuales, por otra parte, no podía tener ninguna responsabilidad. Además, había que tener en cuenta el temor provocado por los rumores que corrían en la capital de Centroamérica, de un contragolpe del partido antiliberal.

En cuanto a las capturas del 19 de abril, que tan amargas expresiones inspiraron al expresidente Arce, se trataba de dirigentes intelectuales de la reacción, caminantes de los graves males sufridos por la República. No había por qué pasar por alto tan graves faltas. Merecían un castigo ejemplar, pero capturarlos en sus casas o en lugares públicos, con el obligado espectáculo de escoltas militares que se movilizaban en su búsqueda, hubiera provocado gran alarma e innecesaria intranquilidad en la ciudad ya fatigada por tanta angustia. Para evitar todo

ese problema, se procedió reuniendo a los condenados a prisión en un solo sitio, sin perjuicio para sus personas ni escándalo público.

Morazán tenía sobre sus hombros la grave responsabilidad del comportamiento de sus tropas de ocupación. Conocidos antecedentes del encono provocado por las históricas pugnas políticas centroamericanas hacen admirable el hecho de que su comportamiento haya sido ejemplar en el trato para con «los vencidos» y la población civil. Ello fue el resultado del gran interés y actividad del jefe por disciplinar a sus tropas.

La influencia militar y moral del gran líder amparó las lícitas actividades políticas tendientes a la reorganización del Gobierno del Estado guatemalteco, en las cuales no tomó parte. Desde luego, teniéndose gran confianza en su criterio y en su rectitud, dicha influencia era notoria y sus consejos e insinuaciones aceptados con feliz éxito.

Cuando el orden fue restablecido, recordó que había un doloroso negocio pendiente en Honduras: la rebelión de los indígenas de Opoteca, Yoro y Olancho. Las autoridades de este pobre y despoblado Estado de la Federación eran impotentes para debelarla y prevalecía una situación de alarma y conmoción social insoportable. Vuelve entonces Morazán a cabalgar rápidamente hacia San Salvador. Solicita ayuda para la proyectada pacificación. Obtiene un contingente de tropas salvadoreñas y hondureñas. Con ellas prosigue hasta Comayagua y emprende la difícil campaña. Apela a la persuasión con algunos resultados, pero el grueso de la rebelión no quiere someterse a los dictados de la generosidad. Entonces el caudillo apela a la

fuerza. Avanza, pelea, derrota, captura y perdona marcha y contra-marcha activamente en busca de un movible enemigo, lo atrapa al fin, lo aniquila, prosigue infatigablemente en el esfuerzo. Pasan los días y las semanas. La revuelta se debilita; se rinde, al fin, en las Vueltas del Ocote, ante las juiciosas palabras del patriota, siempre dispuesto a negociar para evitar la violencia y el sufrimiento. El prestigio y la generosidad, más que la poderosa espada del general Morazán, han vuelto a imponer la paz y la justicia. El único castigo para los vencidos, inocentes instrumentos de la reacción, es el servicio militar obligatorio en diversas plazas fuertes del Estado. El vencedor, satisfecho, vuelve con sus soldados a la civilización.

La revolución había sido como un renacimiento centroamericano. Los mejores hombres estaban en la primera línea del hacer histórico: Valle y Herrera de Honduras, los hermanos Barrundia de Guatemala, y los Prado de El Salvador. El ideal florecía como un vergel bajo los rayos protectores de la espada libertadora que empuñaba el águila tegucigalpense.

Se aproximó entonces la fecha en que la nación revitalizada debía elegir su nuevo gobierno. Otra vez surgió el gigante de las letras como candidato presidencial en contraposición ahora al general Morazán. El Sabio Valle debió haber sido el primer presidente centroamericano en vez del desafortunado Arce, pero las maniobras políticas de hombres que supeditaron la ética al interés de poderío, torcieron el destino de la patria. Tuvieron lugar las elecciones y resultó electo el vencedor de La Trinidad, tomando posesión de su cargo el 16 de septiembre de 1830.

La constitución federal relegaba el Poder Ejecutivo a un plano secundario. La obra política y reformadora del presidente estaría limitada por las decisiones del Congreso, sin cuyo consenso, casi ninguna autoridad podía ejercer. Se adaptó pues a sus dictados esforzándose por mantener el difícil equilibrio que Arce había hecho pedazos por su impulsividad. La República estaba en paz y bien organizada, pero había que esperar para empezar a ver los resultados de la educación y el desarrollo social. Las leyes dictadas en esos ramos, así como en el económico y financiero, producirían sus frutos benéficos con el transcurso del tiempo. Todo lo que había que hacer era preservar inalterable el ritmo establecido y mantener la estabilidad política a toda costa.

La reacción sabía esto tanto como la dirigencia revolucionaria. El tradicionalismo había sido vencido, pero no definitivamente. Aún era capaz de causar mucho daño y no vaciló en actuar para causarlo. Se proponía hacer retroceder el empuje progresista y restituir el antiguo régimen de los privilegios de clase. Contaba con un gran volumen de opinión gracias a la influencia del clero, poderoso como siempre. Las sombras de la ignorancia combinadas con las del fanatismo, fundidas en un crisol de intereses políticos son siempre un valladar formidable.

Repentinamente surgió la poderosa garra contrarrevolucionaria al final de 1831. Omoa, Trujillo, Puerto Caballos, —ahora Puerto Cortés—, Santa Bárbara y otros centros importantes del norte y occidente de Honduras, cayeron en rápida sucesión bajo el control de Vicente Domínguez y Ramón Guzmán, jefes de la revuelta y

lugartenientes de Arce. Este por su parte amenazó en una ambigua maniobra medio política, medio militar, por Soconusco, México. No se podía saber si quería pelear o provocar un incidente internacional entre aquel país y Centroamérica. En realidad, estuvo a punto de lograrlo. La tolerancia de las autoridades vecinas para con el revoltoso era exasperante. El bravo caballero de las legiones napoleónicas, Nicolás Raoul, brazo militar de Morazán, leal en todo momento, fue asignado por el presidente para defender el país por el norte. Su impaciencia fue grande, pero su prudencia fue mayor. Por mucho tiempo esperó a que el faccioso expresidente se resolviera a cruzar la frontera, pero este insistía en permanecer a la expectativa con su exiguo grupo de aventureros armados, con la esperanza de que Raoul, en un arranque de impetuosidad, cruzara dicha frontera para atacarlo. Esto le hubiera venido de perlas para provocar el incidente con que había soñado, pero Raoul esperó. Arce se cansó primero de la inactividad, cruzó la línea salvadora, peleó y fue vencido, se retiró de nuevo a su santuario y poco después volvió a perderse en la impotencia. La amenaza había desaparecido en aquel sector.

Para aminorar la molesta y constante tensión producida por rivalidades tradicionales entre El Salvador y Guatemala, el Congreso Federal resolvió el traslado del Poder Ejecutivo hacia la capital de aquel Estado. El presidente y su séquito emprendieron la marcha sin más mira que el cumplimiento de tan trascendental disposición tendiente, además de facilitar la realización de medidas defensivas en vista de la grave situación pro-

ducida en Honduras por las andanzas de Domínguez y Guzmán.

No era un secreto que el jefe del Estado salvadoreño José María Cornejo se había espiritualmente incorporado a la facción arcistaclericalista, pero Morazán no pudo haber imaginado que las cosas llegaran hasta extremos inconcebibles de audacia y bellaquería. Dicho jefe Cornejo, en abierta rebelión contra la autoridad federal, hizo saber al presidente que no le permitiría el ingreso a territorio del Estado. Este, sin embargo, continuó su marcha como para probar la calidad del carácter del jefe insurrecto. Pero Cornejo no varió una sola línea. Contra la pequeña escolta personal perteneciente al jefe del Poder Ejecutivo centroamericano despachó un poderoso cuerpo de ejército al mando del general Vicente Villaseñor, el hombre marcado por el destino para unir después su suerte a la del gran caudillo. Cortés, pero firmemente, Morazán fue conminado a alejarse del territorio salvadoreño o sufrir las consecuencias. Ante tales circunstancias, insistió una última vez para que le dejasen continuar camino hacia Nicaragua. Por alguna razón muy poderosa no quería volver a Guatemala, pero no fue posible seguir adelante ante las reiteradas negativas de las autoridades estatales salvadoreñas. Tuvo entonces que volver a formar grupos, pidió la cooperación necesaria al Congreso y retornó a castigar la osadía al frente del Ejército Federal.

Seguramente con alguna razón había deducido Cornejo que la historia podía volver a repetirse. Arce, entonces presidente, había combatido a El Salvador y el resultado de la guerra había sido favorable por entero a

los cuscatlecos. Estos en opinión de su jefe, volverían a combatir con igual ardor en lo que erróneamente consideró como una guerra de tipo nacionalista. Si Arce fue derrotado el 27 y 28, Morazán podría serlo ahora. Además, Cornejo consideraba más que probable el triunfo de Domínguez en Honduras y creyó adecuado el momento para prestar su contingente a la contrarrevolución, apresurar el triunfo en Honduras, aliar sus fuerzas con las de Domínguez y marchar sobre Guatemala para reinstalar a Arce, los Aycinena, los Beltranena y a toda la colección de pseudoaristócratas que les rodeaban.

En realidad, las circunstancias de entonces y las del presente no dejaban de exhibir alguna similitud. Tropas federales habían sido derrotadas entonces, tropas federales invadían nuevamente hoy. Pero hoy era Morazán quien las comandaba y ya era sabido que delante de él marchaba la poderosa vanguardia de sus prestigios inderrotables.

Todo el edificio de Cornejo se vino abajo con dificultad, pero con rapidez. Morazán avanzaba sobre San Miguel, entonces medio Estado proclamó su adhesión al presidente y su desafecto al jefe de dicho Estado.

Sin embargo, hubo que luchar duramente en Jocoro primero y en San Salvador después. El gran baluarte que ni Arce, ni Arzú, ni Aycinena pudieron tomar, que Vicente Filísola tomó con grandes dificultades después de ímprobos esfuerzos, Morazán lo tomó en poco más de dos horas de asedio con menos fuerza militar que la de aquellos otros jefes. Cornejo salió de la escena política y el Estado quedó en paz.

IX

Guerra de independencia y disensiones internas

Los centroamericanos no tuvieron que pagar tributo de sangre y sacrificio por su independencia política, sin embargo, tuvieron que luchar heroicamente para preservarla. La guerra provocada por sus enemigos internos, simpatizadores del antiguo régimen colonialista, fue simplemente contenida por el valor y el talento, habiéndose iniciado la tregua a la caída de Guatemala en 1829. Pero sus autores la encendieron nuevamente desde Cuba y México recurriendo innoblemente al amparo inmerecido de la influencia religiosa. Clérigos, beatos camanduleros y aventurero guerreristas, en estrecha y repulsiva componenda, produjeron la contrarrevolución del 32 y los sufridos centroamericanos dejaron una vez más sus hogares para marchar a la defensa de su libertad amenazada.

Esta guerra de independencia produjo como se ha visto solo un episodio intrascendente en Soconusco,

pero tuvo resultados y contornos de epopeya en El Salvador y Honduras. En Cuscatlán resolvió la situación el coraje dirigido por la grandeza. En Hibueras, se tambaleó peligrosamente la gran columna republicana defendida por las grandes figuras de Márquez, Gutiérrez, López Platas, Torre longo, Guzmán, Cabañas y Ferrera contra el español Ramón Guzmán y el mercenario Domínguez.

Por diez largos meses, los hondureños, nicaragüenses y guatemaltecos lucharon incansablemente contra un enemigo que demostró disponer de enormes recursos de perseverancia, astucia, valor, capacidad y audacia. Haciendo frente a severas derrotas, rehaciéndose para volver en busca del enemigo común, alcanzando una victoria aquí otra allá, soportando las miserias del hambre, las privaciones y las enfermedades, constantes compañeras de los ejércitos de la época, permanecieron uncidos al carro de una guerra indispensable hasta que la inspiración y el patriotismo acabaron por arrancar el emblema colonialista que el invasor había izado sobre los muros de San Fernando de Omoa, haciendo pagar con la vida al tenaz Domínguez y astuto Guzmán la osadía de intentar someter a la nueva y esperanzada república al antiguo dominio de la Madre Patria.

El general presidente continuaba actuando como líder de las energías progresistas y a la vez convirtió el brillo de su espada en influencia pacificadora, eliminando las causas de perturbación social en el Estado de El Salvador. Su actitud fue muy distinta a la que desplegó su exadversario Manuel José Arce. Aquel había vulne-

rado el ámbito autoritario que la constitución marcaba a los miembros de la Federación y agredido injustamente a Honduras. Morazán, en cambio, actuó de acuerdo con las autoridades estatales en contra del imposible Cornejo, quien había manifestado conforme con la decisión del gobierno nacional de trasladar el Poder Ejecutivo a San Salvador y luego se había opuesto, sin razones, a obedecer el mandato que estaba obligado a cumplir, atribuyéndose irresponsablemente la facultad de interferir con las actividades de una autoridad muy superior a la suya.

A pesar de la buena suerte y la magnífica dirección de la campaña de reajuste institucional llevada a cabo en El Salvador por Morazán, las semillas de las dificultades estaban muy profundas en el medio político local. Don Mariano Prado, gran luchador de convicciones progresistas, vicepresidente de la República Federal, abandonó tan alto sitial para hacerse cargo de la jefatura de su Estado nativo. Diversas circunstancias además de la guerra y la administración negativa del rebelde Cornejo, habían creado una seria crisis económica fiscal, que las nuevas autoridades trataron de resolver a través de nuevas tasas impositivas. Esta política financiera era contraproducente, pero forzosa. Ocasionaba un gran descontento debido a la ignorancia, tanto como a la pobreza, y el viejo partido tradicionalista lo aprovechó para agitar una vez más la subversión, con el apoyo del vicejefe San Martín y probablemente, del astuto don Mariano Gálvez, primera figura del gobierno de Guatemala, celoso por los prestigios del presidente victorioso.

La disensión se profundizó inconteniblemente hasta envolver en una malla de circunstancias insostenibles a Prado quien se vio forzado a buscar seguridad en Guatemala. Morazán se hizo presente, más para conciliar que para combatir. Trató simplemente de alcanzar soluciones prácticas y razonables por medios pacíficos. Tenía fuerzas respetables bajo su mando, pero eludió por tres veces un encuentro militar imprudentemente buscado por San Martín. Por fin se impuso la cordura del Presidente. Se llegó a un arreglo mediante el convenio de Jutiapa ratificado el 14 de abril de 1833.

Morazán se sintió fatigado. Ser presidente de Centroamérica no era una posición envidiable, se tornaba más pesada por la interminable cadena de dificultades en el camino del progreso y la estabilidad tan vehementemente esperada y buscada por el vencedor de San Antonio. Solicitó y obtuvo del Congreso una licencia que le permitió volver al terruño. Su viaje fue interpretado por la facción de San Martín como un movimiento hostil, infundio que tuvo que ser desvanecido por Morazán mediante un manifiesto a los salvadoreños, pletórico de buenos propósitos y razones irrefutables para inspirar confianza y restablecer la calma. Pero la intriga política era un diablillo suelto que se agitaba incontrolable alrededor de quienes se habían propuesto con incomprensible torpeza la tarea de mantener en marcha la maquinaria de los problemas internos.

Gálvez, el jefe de Guatemala, impulsaba su gestión duramente presionado por una campaña periodística de *El Centroamericano* de los doctores Molina y Barrundia,

liberales como él, procuraban mantener en su campo el apoyo de San Martín, a pesar de ciertos intranquilizantes informes de un posible desembarco inminente del expulsado Arce en territorio salvadoreño, en connivencia con el jefe de dicho Estado, lo que, lógicamente, tornó más virulento el fuego de las baterías de *El Centroamericano.*

La conducta incomprensible del jefe San Martín, solo puede atribuirse a la influencia torcida de suspicacias infundadas y una incomprensión rayana en la intransigencia sin objeto. Creyó que el gobierno federal intentaba destruirlo simplemente porque el Congreso decretó en junio del 34 el traslado de las dependencias centrales a San Salvador. Cuando dicho alto cuerpo desconoció su autoridad de manera oficial, se resolvió por la guerra. Tenía un poderoso ejército acantonado en Cojutepeque. Hasta allá fue un humilde emisario con propuestas de paz. Pero los rebeldes habían pasado ya el Rubicón. No querían paz. Asesinaron al inocente portapliegos y atacaron la capital.

El 23 de junio del 34 se libró la gran batalla de San Salvador. Morazán dirigió la defensa. Su espada era invencible. Ya se sabía en Centroamérica que nadie podía contra él. Los atacantes se retiraron derrotados. Su intento había fracasado. San Martín, con pequeños restos de su legión hecha pedazos, huyó hacia Jiquilisco. Fuerzas federales le dieron alcance el 3 de julio siguiente y entonces llegó el fin. Salió de la escena política definitivamente.

El Estado quedó acéfalo y se convocó a elecciones para llenar la vacante del tristemente célebre don Joaquín San Martín, personalidad negativa que influyó mucho para

perjudicar los propósitos y los prestigios del movimiento civilizador del 29. Resultó electo el noble don Dionisio Herrera, quien había concluido una meritoria labor progresista y pacificadora en Nicaragua, cuyos agradecidos habitantes le habían hecho su jefe de Estado. Pero también estaba fatigado y hasta decepcionado. A sus oídos había llegado una fama poco recomendable de la vorágine política salvadoreña y no se resolvió a meterse en ella para buscarse dificultades y problemas que tal vez no podría resolver. Se le aceptó la renuncia y se procedió a buscar otro individuo. Resultó electo don Nicolás Espinoza bajo cuya dirección se inició un período de tranquilidad social en El Salvador.

A fines del 34 Morazán viajó con licencia del Congreso, en carácter de simple ciudadano, a Costa Rica en vía de paseo y de negocios. Quería conocer personalmente el Estado más laborioso, pacífico y mejor organizado de la Federación. Estuvo en sus principales ciudades y se le recibió con cariño, admiración y respeto. Un periódico de allá se refirió a su visita llamándole «el defensor de los libres».

Es seguro que, a su paso por San José, en algunos de sus paseos por la bonita población, estuvo en la plaza citadina, en el sitio preciso que su propia sangre cubriría ocho años después como el más grande homenaje que rendiría a su patria y a su ideal.

X

Agonía de una República

El 14 de febrero de 1885 el general Francisco Morazán Quesada, primera figura política centroamericana, volvió a tomar el mando de la nación al hacerse cargo de la Presidencia Federal.

Al convocarse a elecciones para autoridades supremas no habían surgido más que dos candidatos: el benemérito de la patria, vencedor de Gualcho y el ilustre José Cecilio del Valle. Este último salió favorecido con la mayoría electoral pero no le fue concedida la oportunidad de levantar la antorcha de su sabiduría para salvar la patria en un creciente peligro. Murió el 2 de marzo de 1834.

Poco después ya estaba revuelta otra vez la politiquilla localista en El Salvador. El vicejefe Silva entró en discordia con su jefe el general Espinoza, por cuestiones de poca monta. El presidente había tenido con Cornejo y San Martín una experiencia muy dura y consideró que era preciso actuar con rapidez y energía para evitar perjuicios mayores al Estado y la paz de la nación. Con un

contingente de tropas federales se trasladó la capital del Estado, San Vicente, para inquirir la causa de las dificultades y ponerles remedio. Luego de haber transcurrido poco tiempo, renunciaron ambos políticos sin mayores consecuencias. Las vacantes fueron llenadas sin dilación a través del procedimiento jurídico establecido.

El 21 de junio de 1886 se reunió el noveno Congreso de la Unión en San Salvador, en cuya ocasión el presidente leyó una «trascendental pieza oratoria, modelo de pulcritud literaria y objetividad política, en la que, entre otros puntos de importancia, pidió la creación de una representación diplomática ante el Gobierno de Washington y lamentó diversas causas que frustraron las esperanzas que se tenían sobre la construcción del canal de Nicaragua. Reiteró su convicción de que la independencia de las naciones se fundamenta sobre la libertad del comercio, o sea, que la independencia política solo es posible mediante la independencia económica. Pidió que se nombrara un representante diplomático en Madrid, como lo habían hecho México y el Perú, para obtener el reconocimiento por el Gobierno de la Madre Patria, sobre la independencia de Centroamérica. Se refirió con preocupación a la guerra civil en el Estado de Costa Rica con la esperanza de que la paz se restablecería muy pronto. Ludió a la crisis reciente de las autoridades estatales salvadoreñas como una «guerra de clases» en donde se informó que las finanzas del Gobierno estaban reducidas lastimosamente a las alcabalas marítimas y los pequeños ingresos del Distrito Federal; se manifestó preocupado acerca del problema de la «amortización de

la moneda» y la falsificación de la misma, peligrosamente extendida. Dijo, refiriéndose al renglón cultural: «Un pueblo que, rompiendo las cadenas de la esclavitud, se arroja, digámoslo así por el camino de la libertad, no puede marchar sin tropiezos por él, si no es buscando en la educación el cultivo de la inteligencia e instruyéndose en el cumplimiento de sus deberes». Recomendó que con urgencia se adoptasen reformas sustanciales a la Constitución Federal a la que consideró «semejante a un árbol hermoso que trasplantado a un clima exótico se marchita y decae al poco tiempo sin haber producido los frutos que se esperaban».

Los centroamericanos acreditaron su incapacidad para darse la patria que soñaron, quizá porque no la merecieron. La semilla del separatismo germinó con rapidez injustificada. Las deficiencias de la Constitución eran ciertamente graves, pero no irremediables. La buena voluntad y un sincero deseo colectivo de superar la situación hubieran sido capaces de orientar, bajo el signo de la sensatez y el patriotismo, un esfuerzo efectivo para reorganizar la estructura básica de la Federación. Pero un soplo gélido y destructor, como de locura masiva, fue conmoviendo el acontecer público. Una crisis de autoridad empezó a perfilarse implacable sobre el cercano horizonte, provocada por la fatal influencia de los localismos.

En Guatemala se había dividido el partido progresista debido a la pequeñez espiritual y estrechez intelectual de las élites sociales. *El Centroamericano*, órgano de prensa manejado por los Molina y Barrundia, fue como un látigo de fuego que fustigó la política administrativa de don

Mariano Gálvez, insistentemente, hasta promover dentro de la opinión pública una sensación desmoralizadora nada favorable al gobierno estatal.

El Gobierno Federal era casi impotente para solucionar los problemas fundamentales de la crisis. El Congreso había propuesto y acordado ciertas reformas constitucionales muy oportunas, pero los Estados no las ratificaron, y antes bien expresaron su sentir de que sería preferible que cada uno asumiera su independencia para proceder enseguida a delinear un nuevo pacto federativo. De acuerdo con el informe rendido por el presidente Morazán al poder legislativo, las autoridades federales no disponían de medios económicos suficientes ni siquiera para sostener una fuerza militar adecuada y las recientes crisis políticas y guerreras en El Salvador habían sido controladas con el aporte de tropas que los Estados de Guatemala y Honduras habían «prestado».

Así las cosas, en 1837 entró en vigencia la nueva legislación penal y civil decretada por la Asamblea de Guatemala. El establecimiento del matrimonio civil, el divorcio, el juicio por jurados, y una reglamentación liberal respecto a la cuestión de herencias y derechos reconocidos a hijos no legítimos, produjeron en la clerecía una indignación tremenda. Y como esta clase genuinamente representativa del tradicionalismo era la que determinaba la actitud de la masa popular, muy pronto tuvo el Gobierno que enfrentarse a una violenta hostilidad.

Casi simultáneamente vino la naturaleza a prestar su contingente a la subversión. Surgió en el oriente del

Estado el terrible cólera morbus. Las autoridades se movilizaron activamente para combatir el azote y auxiliar a las víctimas. No fue tarea difícil para los enemigos del Gobierno difundir la especie de que los delegados sanitarios oficiales envenenaban las fuentes de agua de que se abastecían las pequeñas y medianas comunidades rurales.

En poco tiempo había estallado la rebelión. Pese a la actividad defensiva del general presidente, al fin, tras un año de agitación y de violencia, las hordas indígenas intoxicadas de fanatismo comandadas por Rafael Carrera, apoyadas por la traición de una guarnición militar gobiernista, tomaron la capital y Gálvez huyó para salvar su vida.

En abril de 1838, demasiado tarde quizás, el general Morazán llegó a Guatemala al frente de un ejército de 1,200 hombres. Le había llamado angustiosamente el nuevo jefe del Estado. Valenzuela, en vista de que la anarquía y el desorden sangriento continuaba convulsionando al país, por causa de un indígena poseído del demonio que había sido convertido en instrumento de lucha clasista por la reacción.

Pero todo parecía indicar que los miembros de la gazmoñería social se hallaban tan asustados por el crecimiento del cuatrerismo que habían fomentado, como estuvieron alegres al principio por la caída del Gobierno que tanto aborrecieron por su liberalidad. El ilustre intelectual y político, don Alejandro Marure, en representación de cerca de 200 «propietarios» de Guatemala, pidió con vehemencia al general que asumiera

la dictadura para apaciguar al Estado, maniobra que era parte del plan de los antiliberales para destruir a Carrera, que tan bien había servido a sus propósitos, y conservar enseguida el poder indefinidamente, rodeando al hombre más poderoso de Centroamérica, después de haberlo ganado para su causa, es decir, después de haberlo pervertido.

Sin dejar de comprender las verdaderas intenciones que movían a Marure y su grupo, no se ocultaba a Morazán que la situación de mandaba efectivamente una actitud extraordinariamente drástica. Sin embargo, hombre de arraigados principios democráticos, no podía recurrir a los métodos de Arce, que había reprobado y combatido. No rechazaría una ampliación de su autoridad para hacer frente a la emergencia, pero tampoco la buscaría a través de una arbitrariedad. La Asamblea estaba reunida. Dirigió a ella una exposición detallada pidiendo que dictara las medidas que fueran necesarias para facilitar la tarea que le había traído: pacificar a la nación. Esas medidas fueron dictadas. La Asamblea decretó poderes discrecionales para el presidente, poniéndose bajo su protección y haciéndole depositario del mando de todas las fuerzas militares de Guatemala. La campaña contra la indiada desbocada dio comienzo. Era un enemigo muy bien armado que tenía completo conocimiento del terreno en el que operaba. Daba un golpe de audacia y se retiraba rápidamente a sus escondrijos en las montañas. Pero, aún con superioridad numérica, no tendría muchas posibilidades de resistir por mucho tiempo el empuje sistemático del ejército federal.

La fatalidad se había pronunciado en contra de la grandeza de Centroamérica. La primera y sombría flor del separatismo aldeano se abrió para la historia. Nicaragua rompió el pacto federal el 30 de abril de 1838 y, ante una crisis tan grave, el gobierno de la tambaleante República llamó con urgencia al general presidente, en momentos en que este se encontraba más ocupado en Guatemala. Pero el gran republicano tuvo que obedecer y retomó rápidamente a San Salvador, depositando el mando de las operaciones en el general Carballo.

Si las crisis políticas provocadas por Cornejo, San Martín y Espinoza en El Salvador, con todo y ser sumamente peligrosas y delicadas, pudieron ser resueltas por la inteligente intervención del caudillo, ello fue posible porque se trató de disensiones en que no intervino decisivamente ni el clero ni cuestiones de orden racial. Pero no era este el caso de Guatemala en donde los tradicionalistas, al intentar un cambio de frente en el régimen político local, lograron también asestar el golpe más demoledor a la Unión Centroamericana.

El Gobierno Federal se hallaba impotente para resolver las crisis políticas en otros estados mientras subsistiera la tremenda anarquía y desorden en Guatemala. Morazán retomó a ella en octubre del 88 para continuar sus esfuerzos a fin de pacificar a Carrera. Se tuvo noticias de tal acontecimiento en Honduras, sus autoridades procedieron en noviembre a separarse de la Federación. Pocos días después siguió Costa Rica. El presidente de la República, tuvo que marchar precipitadamente de regreso a El Salvador, en vista de que Nicaragua y Honduras

habían suscrito una alianza «de amistad» con el propósito de echarse sobre los restos de la autoridad nacional y provocar la desunión total de los cinco Estados del istmo.

Entretanto, el general Carlos Salazar, logró derrotar a Carrera en Villanueva, pero el astuto guerrillero no se dio por vencido y volvió a la carga, una y otra vez. Irrumpió entonces en la escena el Ejército de Los Altos, comandado por el gran morazanista, el general guatemalteco Agustín Guzmán, haciendo cambiar decididamente la suerte de la guerra al cercar a Carrera en «El Rinconcito», obligándolo a capitular mediante un tratado que obligaba a los revoltosos a deponer las armas, quedando su cabecilla como comandante del Distrito de Mita.

Tropas combinadas de Honduras y Nicaragua, (aproximadamente 2,500) bajo el mando del militar hondureño, el general Francisco Ferrera, invadieron territorio salvadoreño. Morazán salió a su encuentro con menos de mil guerreros. El choque decisivo tuvo lugar en la hacienda de «El Espíritu Santo» el 5 y 6 de abril de 1839. Prodigios de valor y habilidad táctica dieron la victoria a la pequeña legión del presidente, resuelto como estaba, a luchar hasta el fin para preservar la última esperanza de libertad y unidad en Centroamérica.

La noticia de la victoria hizo temblar a la reacción guatemalteca, la que puso en marcha la maquinaria de la traición y de la intriga, gracias a que el «comandante» de Mita, el bravo salvaje Carrera, con instrucciones de los privilegiados y algunos clérigos, asaltó con su ejército nuevamente la capital, derrotando a sus defensores desprevenidos y haciendo huir al jefe del Estado, el valiente

general Salazar, el 13 de abril, es decir, siete días después de la Batalla de El Espíritu Santo. El antiliberalismo no se dormía. Dio un golpe contundente, decisivo y oportuno. Igual que Nicaragua, Honduras y Costa Rica, Guatemala también expidió el fatídico decreto del 17 de abril del mismo año, separándose de la República Federal.

Los unionistas quedaron solos en El Salvador, rodeados de enemigos hostiles por todas partes, los que le sometieron a un asedio implacable. Pero aún estaban dispuestos a luchar para derrotar al separatismo. Tenían valor, esperanza y la inspiración de un jefe del tamaño requerido por la historia para el desempeño de la gran tarea.

El tiempo también se sumó a la desgracia para acabar de romper las bases de la República. Llegó en el calendario el fin constitucional del mandato del Gobierno Supremo de la Nación y el general Morazán ya no podría seguir actuando. De allí en adelante, con su carácter anterior, ni el Congreso podría ostentar la más pequeña traza de legalidad ante el movimiento secesionista que había desconocido su autoridad.

Ferrera volvió a organizar sus fuerzas con la dócil cooperación de Nicaragua. Su derrota había herido su amor propio y sentía la necesidad de desquitarse. Quería vencer y humillar a su antiguo jefe, el noble Morazán, a quien odiaba. Quería alcanzar la estatura guerrera del astuto guerrero de Mataquescuintla «caudillo adorado de los pueblos», a quien la fortuna sonreía y había colocado en el pedestal inmerecido de un triunfo monstruoso sobre las avanzadillas de la civilización.

En septiembre del mismo año 39, El Salvador fue de nuevo invadido por tropas hondureñas y nicaragüenses, mientras por su frontera occidental efectuaban incursiones periódicas las guerrillas de Carrera. Morazán había sido designado jefe del Estado. Salió de la capital con su ejército, siempre inferior en número al enemigo, para hacerle frente. En el camino le alcanzó un correo con la fatal noticia de que sus enemigos se habían sublevado en su ausencia, capturando San Salvador y tomando a su familia como rehenes para obligarlo a deponer el mando.

Se produjo entonces un momento de angustia en el espíritu del hijo de la victoria. Sus enemigos le colocaban en una situación insoportable, frente a dos alternativas ineludibles. Tenía que cumplir con su deber para con la patria, pero había otro deber para con sus seres queridos. Tenía que salvar a una u otros y, aparentemente, tal cosa era imposible. O la patria, o sus hijos debían ser sacrificados. La vida de una significaría la muerte de los otros, o viceversa. Una terrible prueba para un alma de acero.

Constreñido por el tiempo, sin perder la clara visión de su destino y de su responsabilidad, tomó la terrible decisión: «Soy el jefe del Estado y mi deber es atacar. Pasaré sobre los cadáveres de mis hijos, escarmentaré a mis enemigos y no sobreviviré un momento más a tan escandaloso atentado».

Vuelvió entonces sobre sus pasos y con el corazón sobrecogido por el dolor lanzando sus tropas sobre los reductos de la capital. Tremenda fue la lucha y parecía durar una eternidad, mientras el atormentado expresi-

dente de una República condenada a la ruina, espera en cualquier momento la noticia del encuentro de sus familiares asesinados por la soldadesca enemiga. Pero esta no llega, por razones ignoradas a consumar el crimen, con alegría inmensa que liberta su espíritu en el momento en que vuelve a sostener tiernamente entre sus brazos a los seres que tan alto hablan a su corazón.

Una vez recuperada San Salvador y desintegrada la facción revoltosa, el general Morazán emprendió de nuevo el camino en busca del ejército invasor. Ordenó una serie de movimientos contradictorios y extraños, con el objeto de confundir los espías de Ferrera, a tal punto que este no pudo saber a tiempo hacia dónde realmente se dirigía ni lo que pretendía hacer. La estratagema produjo la sorpresa. El 25 de septiembre al romper el día, el ejército aliado, confiado hasta la temeridad de no haber tomado precauciones elementa listas de vigilancia en su acuartelamiento del villorrio de San Pedro Perulapán, fue atacado por los leones salvadoreños y definitivamente derrotado.

San Pedro Perulapán fue, como Gualcho, un choque formidable y sangriento frente a la gran capacidad militar del expresidente centroamericano, resultaba un triste contraste la increíble torpeza del jefe Ferrera. Más que una batalla en forma, San Pedro Perulapán fue una verdadera masacre efectuada por soldados que atacaron ordenadamente y con valor y espíritu indecibles a una masa compacta de pobres hombres que tenían un arma en la mano pero que fueron completamente sorprendidos por un enemigo al que no vieron sino

cuando ya estaba fusilándolos. Encerrados en las estrechas callejuelas empedradas, copados a un mismo tiempo en todas direcciones se apretujaron en la pequeña plaza y alrededor del campanario de la iglesia. Las descargas morazanistas hacían claros horribles en aquel trágico amontonamiento humano. Un estratega siquiera medianamente experimentado jamás hubiera permitido la sorpresa.

XI

La catástrofe

Continuaba el heroico drama en que se debatía Centroamérica, cuya única esperanza de redención estaba en los restos del liberalismo agrupados alrededor de la gran figura de la época, el vencedor de incontables batallas, el espíritu superior que se había adelantado a su tiempo, el Cid Campeador de la moribunda República Federal.

Con instrucciones de su jefe, el general José Trinidad Cabañas se puso al frente de un cuerpo de ejército con el que marchó sobre Honduras para exterminar las fuerzas del retroceso separatista y establecer allí un régimen que se identificara con la legión morazánica y el Estado de El Salvador. La fortuna coronó sus esfuerzos. Tomó Comayagua sin gran esfuerzo, igual que Tegucigalpa y terminó por derrotar a los restos de las desmoralizadas tropas hondureñas en Choluteca, después de lo cual retornó a El Salvador sin haber concluido su obra.

Era un grave error táctico desperdiciar el esfuerzo realizado y la sangre vertida sin cambiar la fisonomía

política del Estado vencido. Cabañas tuvo que regresar y llegó combatiendo hasta Tegucigalpa en donde se hallaban los restos del ejército enemigo comandado por el famoso e incapaz Ferrera. Atacarlo sin tardanza era lo que Morazán o cualquier otro jefe competente hubiera hecho, con la seguridad de vencerlo en pocas horas. Sin embargo, Cabañas perdió lastimosamente un tiempo precioso, dando lugar a que el general nicaragüense Quijano, con un contingente regular, se aproximara hasta Sabanagrande en auxilio de sus aliados situados en la ciudad de Tegucigalpa. Cabañas marchó entonces hacia el sur en un intento de impedir que Quijano y sus fuerzas llegaran a dicha ciudad. Lo encontró en La Trinidad y se produjo un combate sin importancia y sin consecuencias, gracias a la habilidad de Quijano, quien supo eludirlo y continuar sin tropiezos su marcha, llegando a Tegucigalpa en diciembre de 1889. Contramarchó entonces el general Cabañas hacia este lugar y volvió a fallar acampando sus tropas en Toncontín, a escasos kilómetros del enemigo, en vez de atacar cuando aún era posible vencerlo, pese al refuerzo que había llevado el jefe nicaragüense.

Finalmente, Quijano recibió refuerzos hondureños y tomó la iniciativa que inexplicablemente le había cedido su contrincante, al que derrotó por completo el 30 de enero del año fatal de 1840. Cabañas, con lo que quedaba de sus huestes tan mal utilizadas, se lanzó a marchas forzadas hacia San Salvador en donde Morazán concluía los preparativos para invadir Guatemala.

Casi podría asegurarse que la derrota final del liberalismo, e incluso el exilio y muerte del gran caudillo,

quedaron decididos por aquella infortunada expedición de Cabañas a Honduras. Fue, en realidad, una tarea fácil que no pudo ser realizada. Todo se hubiera arreglado estableciendo un gobierno amigo en Honduras bajo el control de los morazanistas de este Estado y hasta bajo la jefatura del mismo Cabañas. El Salvador, no habría estado solo. Nicaragua sola no hubiera tenido más remedio que neutralizarse o volver al partido unionista, y Guatemala hubiera vuelto a ser derrotada, esta vez definitivamente. Recuérdese que en 1829 se requirió el esfuerzo militar combinado de los ejércitos hondureños y salvadoreños. Morazán calculó erróneamente cuando creyó que podría repetir la misma hazaña con tropas de El Salvador solamente. Y así llega el mes de marzo de 1840.

El unionismo centroamericano jugó su última carta en una situación sumamente desventajosa. El ejército salvadoreño de solo novecientos veteranos bajo el mando del jefe más querido y más confiable, el propio Morazán, emprendió una larga marcha sobre el semillero de la reacción, la antigua capital de la Capitanía General. Tan sigilosos y rápidos son sus movimientos que el Gobierno del carrerista beato Mariano Rivera Paz no se enteró sino hasta el 13 ó 14 de dicho mes, puesto que esta última es la fecha del desesperado decreto que expidió ordenando a todos los individuos del Estado aptos para tomar las armas que se alisten bajo la dirección del «esforzado general Carrera», para hacer frente a la fuerza invasora.

Los días 18 y 19 se libró la gran batalla de Guatemala. Los salvadoreños la tomaron teniendo que vencer una

fuerte resistencia, pero Carrera era tan combativo como el general invencible. Se encontraba con cerca de dos mil hombres a varias leguas de la ciudad esperando precisamente que el ejército salvadoreño se hallara duramente empeñado en la batalla por su captura. Entonces llegó como un rayo sobre la retaguardia morazanista. La batalla rugía en las plazas, en las calles, en las azoteas, en los tejados. Más y más refuerzos guatemaltecos continuaban llegando ininterrumpidamente para aumentar la fuerza de Carrera, en tanto que las de Morazán se disminuían con preocupante rapidez. No había esperanza alguna de audilio. Los liberales de Guatemala que habían ofrecido levantarse en apoyo de Morazán, permanecieron inmóviles.

Era claro que continuar la lucha en tales condiciones equivalía a la destrucción total del ejército salvadoreño. Se imponía la retirada y Morazán la ordenó, habiéndose llevado a cabo en la madrugada, bajo el filo de las bayonetas de cinco mil soldados enemigos.

Cuando Morazán regresó a San Salvador con los restos de su valiente ejército, había comprendido el mensaje del destino, el gran juez que había pronunciado su sentencia en contra del partido de la revolución, a favor del partido de la tradición. Entonces reunió a sus amigos en una junta trascendental. Les habló como el padre que explica la situación a sus hijos. Hizo ver que no deseaba la prolongación de la sangrienta lucha y que no quería constituir el pretexto de sus enemigos para desencadenarla con más furia en territorio salvadoreño. Había decidido exiliarse voluntariamente, alejarse de la política en aras

de la paz centroamericana. No confiaba en las protestas unionistas de quienes habían destruido la unión, pero se vio forzado por las circunstancias a dejarles el campo libre para ver si podrían hacer algo que ofreciera siquiera una leve esperanza de reconstruir la República Federal sobre mejores bases.

El 8 de julio, a bordo de la goleta Izalco, el expresidente centroamericano abandonó las playas salvadoreñas. Pero no iba solo, le seguían cerca de treinta personalidades de la milicia, la política e incluso un clérigo. La mayoría dispuso alejarse del solar patrio para buscar un albergue seguro, lejos de las probables persecuciones que contra ellos se desatarían. Otros siguieron al caudillo simplemente porque le amaban y querían compartir su suerte.

Pocos días después, tras haberse separado en Costa Rica de muchos exiliados que obtuvieron permiso para permanecer en este Estado, Morazán desembarcó en Chiriquí, luego pasó a David en la misma República de Colombia. Las brisas de tranquilidad y el cariño de su familia, que le esperaba allí, suavizaron las amarguras de la ausencia. Atrás quedaban once años de lucha sin descanso por el gran ideal de la patria. Adelante estaban los azares del destino siempre incierto y portentoso, reservado a los grandes hombres de la historia.

XII

El final y el fondo de sus causas

Gracias a quienes —sin escribirla — hicieron la historia en la época morazánica, toda Centroamérica aparece culpable de un malévolo error: el de haberse derrotado a sí misma. Al decir de un observador extranjero, «se confabuló contra el mejor de sus hombres», lo que equivalió a conspirar contra su unidad y su promisorio porvenir.

Las más severas dificultades de su primer período presidencial fueron desatadas por la incomprensión y la perfidia de falsos liberales salvadoreños —Cornejo, San Martín y Silva— infiltrados en el Gobierno.

Guatemala, víctima del oscurantismo reaccionario junto con Honduras y Nicaragua, sujetas al yugo de la mediocridad cabildera, le hicieron una guerra pertinaz e injusta. Sus enemigos le arrancaron la vida en Costa Rica, como quien sacrifica a un fatigado caminante que lleva en el pecho un ramillete de nobles ideales, hundiendo en el eterno silencio la voz de su mensaje. La Patria Grande agonizante murió con él y sobre sus despojos sangrantes,

la fatalidad tendió el sudario de la frustración, mientras se dejaba escuchar en todo el istmo la alegre vocinglería con que la pequeñez celebró la muerte de la grandeza.

Estos son los hechos. Pero, ¿cuál es su verdadero fondo? ¿Cuál es la magnitud y la naturaleza de lo que parece ser la culpa de una época? ¿Cuál es el significado de la epopeya morazánica para la humanidad? ¿Triunfó en realidad la reacción terrible del año 42? ¿Hay, en fin, una causa primaria que produce los hechos y que la mirada de la historia no siempre puede distinguir?

He aquí la gran incógnita que la inteligencia debe tratar de resolver como paso previo a una concepción cabal de la nacionalidad y la realidad centroamericanas.

La tragedia de San José marcó un alto temporal en la revolución. Fue el obligatorio resultado de la gran pugna de las ideas y de los intereses: la lucha de los poderes y entre los poderes, por la supervivencia y la supremacía. Por una parte, el liberalismo, ese difícil renacimiento de la imaginación futurista, ejercía su derecho a intentar el triunfo de la razón; por otra parte, el clero, contumaz energía del instinto, no se resignó a soltar su dominio sobre las conciencias y ejerció su derecho a defenderlo, consecuente y naturalmente asistido por las masas que le pertenecían casi en su totalidad: los ignorantes fanáticos de abajo y los pseudoaristócratas fanáticos de arriba.

Era una lucha desigual en la que la libertad llevaba la peor parte. Los detalles de esta dolorosa historia señalan varios factores y distintas circunstancias como causas directas e indirectas de la ejecución del jefe del Gobierno de Costa Rica el 15 de septiembre de 1842. Sin embargo, es

posible y razonable establecer como la causa primera, al eterno compañero del hombre, atadura de la existencia, origen de todas las frustraciones, abismo siempre abierto a los pies de la humanidad: el miedo.

Los que en Centroamérica detentaban el poder político temblaron ante la perspectiva de perderlo. Quienes conocían la torva faz de la guerra temblaron ante la posibilidad de verla de nuevo llegar a sus ciudades, aldeas y campiñas. Los que abrigaban esperanzas de medrar a la sombra de los poderosos temblaron ante la consideración de que pudieran ser abatidos sus presuntos protectores; estos, a su vez, temblaron ante la amenaza de perder sus prebendas. Temblaron los que habían combatido a la revolución y quienes habían ultrajado a sus líderes en la desgracia, creyendo que no regresarían. Los beatos, los caciques, los intrigantes de oficio y los intelectualoides que alquilaban sus plumas a los mandadores de turno. Temblaron, en fin, todos los conservadores porque Morazán desembarcó en suelo costarricense desde Sudamérica, como habían temblado los realistas europeos veintisiete años atrás, cuando Bonaparte desembarcó en Francia desde la isla de Elba.

El liberalismo centroamericano había sido derrotado también en Costa Rica por el fuerte núcleo de los pseudoaristócratas, ultramontanos y separatistas, quienes se habían adjudicado, a través de la incesante labor del púlpito, el respaldo de la gran masa pueblo, que provee ciegamente votos, chusmas y soldados, para quien la impresione mejor o la intimide más. Igual que sus correligionarios y copartidarios en los otros Estados

del istmo, sostenían los gobernantes costarricenses la necesidad de que el suyo mantuviera una actitud soberana y una política independiente porque, entre otras razones, consideraban —no sin cierto fundamento— que un intento por restablecer el sistema unionista federativo provocaría una nueva avalancha de caos y violencia. La experiencia había sido dura y triste. Resultaba más fácil —y esta era, en el fondo, la idea general— resolver el problema de la unión por el expeditivo método de olvidarse de ella. Así sería posible dedicarse a la consecución de objetivos más asequibles y más inmediatos, que no requerían los sacrificios y fatigas de las obras grandiosas.

Don Braulio Carrillo, político sagaz, era el líder en calidad de jefe vitalicio del Estado, y hubiera permanecido como tal por el resto de sus días con el general beneplácito de los partidarios de la vida muelle, sin el arribo de Morazán el 7 de abril de 1842.

Las circunstancias del retorno de este a la patria de sus sueños fueron sumamente problemáticas. Es probable que desde Costa Rica se le necesitase y se le hubiera llamado para eliminar la influencia política de Carrillo, el que se había excedido en la confianza que le inspiraba su buena suerte y había creado a su alrededor una atmósfera de descontento que tornó insegura su posición y la de su partido.

Hubo además, otra importante circunstancia que contribuyó en el ánimo del caudillo para decidir su regreso del exilio. El puerto de San Juan del Norte, en Nicaragua, había sido ocupado por la infantería de marina británica, lo que había inspirado un conato de rebelión entre los habitantes de la extensa zona denominada «La Mosqui-

tia», que amenazaba la paz pública. El director supremo del Estado y demás autoridades de su gobierno tuvieron buenas razones para creer que se trataba de una peligrosa maniobra de la gran nación imperialista, tendiente a cercenar su territorio, y elaboraron a toda prisa una proclama pintando la situación de tal manera alarmante, que produjo la impresión en Centroamérica, de que una gran calamidad se cernía sobre su independencia. Sus exaltados párrafos exhortaban a todos los ciudadanos a unir esfuerzos en defensa de la soberanía nacional.

El general Morazán recibió dicha proclama en momentos en que se preparaba para embarcarse en el Perú con rumbo a Chile, y tuvo la convicción de que la desintegrada República estaba en inminente peligro, por lo que canceló sus anteriores planes y emprendió el largo viaje de retorno a la patria, con auxilios militares y económicos que le había solicitado a un gran amigo de las causas populares, el general Pedro Bermúdez, y que, al llegar a playas salvadoreñas, puso a aposición de los gobernantes centroamericanos para la defensa común, demandando que se aceptaran sus servicios como «soldado voluntario», que se le asignase el puesto que debería ocupar y el jefe a quien debería obedecer. Tales ofrecimientos fueron rechazados pese a la noble intención que entrañaban.

Después de una corta permanencia en El Salvador, en donde reclutó un regular número de sus partidarios y aumentó su flota expedicionaria con varias naves más, abordó la seria cuestión que corrientemente suele presentarse en las encrucijadas misteriosas de la existencia: ¿y ahora qué?

No entraba en sus propósitos el de provocar dificultades políticas en ninguno de los Estados centroamericanos, excepción hecha de Costa Rica, cuya anómala situación, bajo los dictados arbitrarios de un gobierno impopular, ofrecían una buena coyuntura para asentar pie firme en el istmo, de acuerdo con el gran proyecto que había madurado en sus veintidós meses de exilio voluntario: la reconstrucción de la Patria Grande, una causa magnífica para un hombre de amplia visión.

Ofrecía además, otra ventaja el desembarco en Costa Rica, que fue probablemente la que decidió a Morazán a actuar como lo hizo: ese Estado se encuentra muy lejos de sus poderosos enemigos, que lo eran los semilleros reaccionarios de Guatemala y Honduras.

Pero la providencia no estaba de acuerdo con sus planes. Si bien el Estado de Costa Rica presentaba las ventajas apuntadas, era el sitio menos indicado para encontrar el calor humano que aquellos requerían. Allí era poco conocido por la mayoría del pueblo y, habiendo este permanecido (por razones geográficas) alejado del teatro de los acontecimientos del 29 y posteriores, había tenido tiempo y oportunidad para crear fuertes intereses locales que le volvieron un tanto apático frente al destino común y poco atractivo de Centroamérica.

En consideración a todas estas circunstancias, Morazán había intentado probar suerte primero en El Salvador, a sabiendas de que allí podría contar con la decisión y lealtad de sus muchos y antiguos compañeros de ideales listos a seguirle con la fe y el entusiasmo de mejores días.

Los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Cuatro días después del referido desembarco en el puerto de Caldera, el ejército morazanista, desplegado en las llanuras de El Jocote, se halló frente al ejército costarricense que por orden de don Braulio había salido a combatir bajo el mando del general salvadoreño Vicente Villaseñor, a quien, como se recordará, Morazán había derrotado en marzo del aciago año 32 en las famosas batallas de Cocoro y San Salvador.

El general expresidente invitó a Villaseñor a una conferencia y este aceptó. Buscaba el caudillo un medio pacífico de resolver las graves cuestiones que le habían traído. Sentía un gran aprecio por Costa Rica y le repugnaba la idea de ver su sangre derramada. Su mensaje de libertad y confraternidad había llegado al corazón del pueblo y sus soldados consultados por el valiente Villaseñor, optaron por un arreglo mediante el cual se unirían a la fuerza expedicionaria para derrocar a Carrillo, se organizaría un gobierno provisional y se convocaría sin pérdida de tiempo a elecciones para instalar la Asamblea Nacional.

Dicho convenio, denominado Pacto del Jocote, fue cumplido. El 13 entró el ejército centroamericano a San José y sus moradores entusiasmados y alegres, en su mayoría, aclamaron a Morazán y a Villaseñor. Muestras de simpatía y de confianza le fueron otorgadas al vencedor de La Trinidad a todo lo largo de su camino por tierras de Costa Rica. Tuvieron lugar las elecciones en completa libertad y, una vez instalada, la Asamblea designó jefe provisorio del Estado a Morazán, confiriéndole, además,

el honroso e inmarcesible título de «Benemérito» y «Libertador de Costa Rica».

No se le ocultaba que la reacción entronizada en Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua, haría planes y preparativos para atacar, y con la misma prisa comenzó a tomar una serie de medidas adecuadas para defenderse y atacar a su vez. Esto requería grandes sumas de dinero, la Asamblea decretó algunos impuestos y la confiscación de algunos bienes y rentas monásticas. Había que formar un ejército y gran número de jóvenes fueron incorporados al ejercicio de las armas en las principales ciudades.

Esto produjo un visible disgusto en la población que veía venir la guerra con la consiguiente angustia. Sentía que se le arrastraría a un choque inminente con países vecinos, que tendría que realizar grandes sacrificios por una causa que no le entusiasmaba. No quería combatir por la reconstrucción de la antigua Patria Grande como no deseaba hacer suya la defensa del caudillo que le había librado de la dictadura servil. Quería solamente vivir en paz y trabajar en paz, sin ir a buscar problemas fuera de sus fronteras.

Los antimorazanistas y antiunionistas aprovechaban este estado de cosas para fomentar la sedición. Solamente quienes rodeaban al jefe del Estado se sentían enardecidos por el gran ideal. No era un secreto el poco entusiasmo unionista de los costarricenses, ni fue una sorpresa para muchos su renuencia a cooperar como soldados y como contribuyentes. Ya entraba este inconveniente en los cálculos de Morazán.

Pero él y su grupo de compañeros unionistas creían poder llegar a ganarles para su gran causa. Les explicarían

la verdad. Les harían ver la razón, la justicia, la necesidad de realizar el gran sacrificio en aras de una gran patria, fuerte, unida, ordenada, libre y próspera.

Esto llevaría tiempo. Y tiempo era lo que necesitaba desesperadamente para su campaña proselitista, para reunir los fondos imprescindibles, para organizar, entrenar y disciplinar el gran ejército.

Y tiempo fue, precisamente, lo que la providencia no le dio. Sus enemigos de fuera iban a matarle porque le temían, igual que sus enemigos de adentro. Es peligroso adversario el que se bate por miedo. El círculo fatal se estrechaba a su alrededor. Jugó su suerte sobre un polvorín y el polvorín estalló.

El ideal era demasiado grande y las circunstancias históricas estaban en contra de su actualización. Cada día transcurrido era un paso más hacia el final. La tragedia estaba a las puertas.

Morazán confió demasiado en sí mismo y en su estrella. No quiso actuar de inmediato contra la rebelión del 11 de septiembre. Tampoco consideró necesario llamar en su auxilio al general Isidoro Sage quien había salido con una fuerte columna hacia la provincia de El Guanacaste, amenazada por fuerzas militares nicaragüenses, quiso generosamente someter la violencia sin excesiva pérdida de vidas. Esto resultó fatal porque la insurrección, débil al principio, creció y se hizo incontenible cuando arribaron refuerzos rebeldes de Alajuela.

Tras ochenta y ocho horas de duro batallar, rodeado con su pequeña fuerza por un enorme número de enemigos, sin víveres ni municiones, la situación se volvía

insostenible, pero aún tuvo energías para romper el cerco y abandonar la convulsionada capital.

El resto es ya sabido… Fue capturado, conducido de nuevo a San José junto con el infortunado Villaseñor, y fusilado al anochecer del 15 de septiembre de 1842.

Tal vez hubiera triunfado su proyectada expedición unionista, si se hubiera realizado. Quizá habría llegado victoriosamente hasta Honduras o las fronteras salvadoreñas, pero le hubiera sido muy difícil vencer solo contra tantos y tan poderosos enemigos. Con buena suerte, buenos soldados, suficientes recursos con la inspiración de su valor y su genio habrían hecho temblar el imperio de la ignorancia. Solo Dios sabe si hubiera podido someterlo del todo.

Centroamérica unida era una causa derrotada. Estaba irremisiblemente condenada por el destino a la disolución y el sacrificio del héroe le privaría de su más cara esperanza. Su desaparición trajo el comienzo del sosiego para los partidarios de la pequeñez. La desgracia estaba determinada por la fuerte voluntad de los que se mantenían adheridos al pasado y cerrando las puertas al porvenir. La mente popular era hechura de los siglos y solo ellos podrían transformarla. Después del aciago día en que Morazán nació a la inmortalidad, el liberalismo destrozado se hundió en la negra noche del cuatrerismo galopante. Desaparecido el gran luchador, los búhos volvieron a sentirse en sus anchas. El gran mundo de sombras que habían pacientemente construido volvía a pertenecerles. Creyeron que nadie más se los disputaría.

XIII

Realizaciones y frustraciones

El estudio imparcial de la obra Morazánica es una de las actividades más constructivas y necesarias del presente. Hay que establecer la verdad histórica y alcanzar conclusiones correctas para consolidar y completar la cultura contemporánea. El conocimiento de la personalidad y la proyección social de los próceres centroamericanos es básico para la preparación cívica de la juventud.

Persistirá una cierta controversia alrededor de la gallarda figura del Paladín de la Unión centroamericana, mientras haya una herencia de todas aquellas ideas que él combatió. Le atacan los sucesores del fanatismo de los humildes y la soberbia de los aristócratas sin título, para quienes el nuevo orden que Morazán intentó crear constituía un atentado contra la supuesta legitimidad de sus privilegios.

Otros hay para quienes la línea política que siguió el gran líder fue equivocada y hasta lesiva a la verdadera causa de la unión. Le han hecho el cargo de incapacidad

para fortalecer los débiles vínculos que tan precariamente sostuvieron a la República Federal. Le acusan de que su página guerrera vulneró seriamente esos nexos y cada una de sus victorias contribuyó a socavar lo que se proponía defender. Han llegado algunos de sus detractores a franquear el ámbito de su vida privada y también allí han querido encontrar faltas.

Difícil sería explicar por qué razones ningún espíritu superior se libra del odio y la incomprensión. Esta es una de las características más negativas de la humanidad. La historia se repite siempre con cada uno de los grandes hombres que pasan por el mundo. Algunos los admiran mientras otros los insultan.

Uno de los casos históricos más dramáticos que evidencia lo anterior es el advenimiento de la Revolución Cristiana, o sea el impacto transformador más trascendental y más significativo en el pensamiento occidental. Jesucristo fue también un gran libertador. Luchó a brazo partido por la libertad de conciencia contra todo un mundo petrificado por el fanatismo. También a él le adversaron los oportunistas del error, los que sujetaban el poder de los privilegios sobre la gran masa de los ignorantes, con los grillos del temor. Lo mataron antes de que pudiera concluir su obra, pero su sacrificio, como el de los pocos que después han imitado su ejemplo, era necesario «para que todas las cosas sean cumplidas». Su heroísmo aparejó el camino al progreso. La humanidad asciende sobre las huellas dolorosas de sus mártires.

La obra morazánica, como toda obra ejecutada por grandes hombres, tiene dos aspectos: la obra real obje-

tiva, es decir, lo que pudo hacer por sí mismo en vida y la inspiración que pudo crear para las generaciones venideras. Todo lo que es grande, afortunadamente, tiene un don divino de trascender los límites del presente y convertirse en esencia del porvenir. Lo afirmativo de la tradición es la vivencia del pasado, la glorificación actual permanente de los héroes y los líderes que ya no existen.

Morazán entró en la historia con un propósito claramente definido por la providencia. Alguien tenía que enarbolar una nueva insignia en un primer intento para plantarla en el más alto pináculo de las conquistas humanas. Alguien tenía que luchar y morir por la libertad de la conciencia centroamericana. Tenía que haber un campeón del progreso ideológico porque de otra manera el oscurantismo de los dogmas, las limitaciones al pensamiento, el lastre poderoso de las ideas envejecidas, acabarían por aniquilar todo vestigio de civilización.

Si no se hubiera hundido la República Federal en una sucesión de lamentables errores políticos, la Revolución del 29 no se hubiera producido, Comayagua no hubiera sido incendiada y Morazán habría concluido su existencia como un hombre ilustre, pero sin pasar de los límites de su tiempo y de su ámbito local. Mas, el error sistematizado no debía prevalecer y contra él tuvo que luchar toda su vida. Antes y después de la toma de Guatemala, el desarrollo de los acontecimientos acreditó la inestabilidad histórica de la presencia de un hombre como él en el centro mismo de la escena centroamericana.

De una manera general, cabe afirmar que su obra no fue concluida. No pudo serlo en la misma forma que la

Revolución Francesa no llegó a realizar todos los puntos de su programa, a diferencia de la Revolución Norteamericana que sí alcanzó completamente sus objetivos de libertad y creación de una república federal indisoluble, «no por años, ni por vida, sino para siempre».

El proceso de la evolución sociopolítica es un lento ascenso y no una sucesión de saltos. Los grandes esfuerzos de la Revolución Morazánica no podían perderse, ni sus objetivos debían alcanzarse en forma rápida. Tampoco era posible, en el escaso período de tiempo que duró la vida pública del Gran Caudillo, rectificar el ayer nebuloso que por muchos siglos había encadenado a la inteligencia. Su misión verdadera consistió en dar comienzo a un nuevo ciclo de ascensiones y realizaciones intelectuales que colocarían al hombre centroamericano en un plano político superior más próximo al ideal de la justicia como base indispensable e indestructible de una sociedad nueva gobernada por la ciencia y orientada por la conciencia, sin más limitaciones que las impuestas por la razón.

De tal manera que, aunque inconclusa, la gran obra morazánica no fracasó, ni triunfó la reacción. El 15 de septiembre de 1842 marca sencillamente el cierre de un episodio de la gran larga y dolorosa Revolución Centroamericana.

XIV

Ideas y propósitos

Puede Morazán ser considerado como político, aunque no en la común acepción de la palabra. En ninguna oportunidad se le vio desplegar las argucias de quien busca posiciones para alcanzar el control del poder, ni en el Gobierno de la República, ni en el de Estados cuya jefatura le fuera encomendada.

La historia no señala un solo caso en que este hombre digno haya buscado o solicitado en alguna forma su ascensión a los diferentes cargos que ocupó en la jerarquía oficial, pero indica que su raro talento, su honradez y rectitud de carácter le hicieron necesario a tal punto que aquellos le fueron ofrecidos o tuvo que aceptarlos por mandato de las mayorías. Esto es un hecho comprobado que por sí solo debería constituir, para sus detractores, una evidencia absolutamente irrecusable de la gran calidad moral del Paladín Unionista.

Sin embargo, a pesar —o a causa— de no haber oficiado como político profesional, emprendió una obra de

renovación política con alcances sorprendentes, por lo positivo.

En la vida pública ostentaba una ideología personal extractada de lo más destacado y relevante del pensamiento revolucionario francés, que constituyó el basamento sólido e inalterable de su gran lucha por estructurar en Centroamérica una República bien organizada obtenida por la majestad de la ley, concebida para la libertad espiritual e intelectual, grande por su capacidad para mantener su equilibrio interno, y la inalterabilidad de su soberanía, frente a probables amenazas del exterior.

Su filosofía política arranca de un concepto muy alto y muy claro de la dignidad humana. Visualizó la gran tarea constructiva que se había señalado, como un proceso gradual y sistemático para sincronizar una serie de instancias y circunstancias positivas favorables al desarrollo armónico de la sociedad con vistas a consolidar un dinámico régimen de derecho.

Esta manera de pensar era demasiado avanzada en aquella época de grandes contradicciones doctrinarias y confusionismo social, a pesar de lo que se había profundizado significativamente entre la intelectualidad de todo el continente, como un resultado de la irresistible mística democrática de la Revolución Americana.

La ley como institución suprema del orden social, representaba dentro del marco de sus principios, el producto de lo más sublime del esfuerzo humano por desarrollar civilizadamente su vida y sus actividades. Es preciso a este respecto recordar el importante detalle biográfico de que antes de iniciar su carrera revolucionaria y política,

Morazán trabajó por cierto tiempo en una escribanía de Tegucigalpa, así como en el Ayuntamiento de la ciudad, y que las actividades allí realizadas debieron haberle familiarizado un tanto con el ejercicio y prácticas de la incipiente legislación de la época. Así empezó a conocer el principio de que solo un sistema completo de normas fundamentadas en la necesidad del bien público y los enunciados de la razón, podría proveer las condiciones ideales para impulsar un país hacia el bienestar, la paz y la cultura.

El hombre que alienta con sinceridad y naturalidad las ideas que orientaron la vida y la obra de Morazán, deviene obligado a ser honrado, justo con los demás y consigo mismo si tiene un carácter firme, porque carece del poder para contradecirse. El respeto a sus principios, particularmente la inviolabilidad de la ley y de los derechos populares, fue la directriz de su vida. Si hubiera actuado en forma distinta, no habría ido más allá de los límites de la mediocridad, ni hubiera realizado nada mejor que las dudosas hazañas de los aventureros y ambiciosos que abundan en las páginas de la historia americana.

XV

La hidra del separatismo

El profundo problema del sostenimiento de la Federación arranca de las complicadas circunstancias ambientales que caracterizaron aquella época, la mayoría de las cuales se tornaron en factores negativos que frustraron las buenas intenciones unionistas de Arce (primero) y Morazán (después). Aquel se apoyó en el conservatismo y fue vencido por los liberales. Este luchó al frente del liberalismo, pero fue vencido por los conservadores. El resultado final fue adverso para la causa de la unión y favorable al separatismo. La balanza política estaba desequilibrada por el peso del tradicionalismo.

El paralelo es significativo: la Revolución Morazanista fue un movimiento representativo del nacionalismo anticolonialista, en tanto que la contrarrevolución conservadora y clericalita del 32 fue un instrumento imperialista de la Madre Patria para intentar la reconquista de sus antiguas posesiones en la zona ístmica.

A simple vista, existían los elementos constitutivos esenciales para que hubiera una República Federal: un grupo de cinco estados más o menos organizados políticamente, que habían convenido en la formación de un gobierno central al que todos se sujetarían voluntariamente, en un plano de igualdad. Sin embargo, faltó el aglutinamiento básico: un fuerte interés común, no solo por la creación de la identidad nacional, sino por su sostenimiento. Lo primero se había logrado sin grandes dificultades, pero lo último requería algo más de lo que los centroamericanos probaron tener: constancia en la intensidad de su propósito.

En la etapa formativa de la República Centroamericana, el anhelo unionista prendió solamente en una parte, considerable al principio —de la clase dirigente intelectual—, sin que hubiera habido tiempo ni estímulos suficientes para profundizar con firmeza en el espíritu popular. No se podía crear una opinión pública favorable sin antes rescatar a las masas del abrazo asfixiante de la ignorancia.

Existía un cúmulo de circunstancias negativas incrustadas en el ambiente centroamericano, que se encargaron de socavar los fundamentos de la unión desde el propio comienzo de la organización jurídica de la novata República.

Entre otras causas, el sentimiento unionista no pudo fortalecerse por el hecho de que la independencia había surgido casi como un accidente, sin que la precediera el gran elemento coherente de una prolongada pugna propia y un objetivo común. Tal circunstancia hubiera

hermanado a los pueblos del istmo por los lazos del sacrificio. La libertad llegó a Centroamérica como el resultado de la lucha de otros, más que de la de sus clases avanzadas. La gran oleada del liberalismo, puesta en marcha por las revoluciones norteamericana y francesa, encendió la rebeldía social del Nuevo Mundo, situación que se volvió mucho más propicia a la expansión del republicanismo debido a la heroica guerra de liberación nacional del pueblo español en 1808 contra las legiones bonapartistas. Este último factor, al debilitar grandemente la capacidad bélica de la Península en ultramar, facilitó el triunfo de las armas revolucionarias sudamericanas, promovió la separación de México y su encauzamiento hacia la constitución del imperio, proveyó a los ojos de la historia en marcha un dramático y convincente ejemplo de nacionalismo independentista. Pero el 15 de septiembre de 1821 no estuvo precedido por una guerra característicamente libertadora. Atrás solo quedaban las meritorias, pero débiles y esporádicas asonadas de 1811 en San Salvador, de 1812 en Granada, León; y 1813 en Guatemala después no hubo más que la valiente resistencia republicana en San Salvador, contra el asedio mexicano del general Filísola. Toda la sangre que posteriormente empapó el suelo centroamericano, con excepción de la revuelta del 32, fue vertida por una cadena interminable de disensiones internas en que las energías, ideas e intereses propios, lucharon festinadamente unos contra otros.

El resultado de estas circunstancias es que no habiendo existido ni oportunidad ni necesidad de luchar directamente por la independencia centroamericana, esta

advino con facilidad como un suceso de amplia significación política entre un regular círculo de intelectuales, pero sin una trascendencia emocional que pudiera haber despertado sentimientos de patriotismo acendrado en el espíritu del pueblo.

Los nacientes estados libres de la América Hispana observaron una tendencia uniforme a tomar como patrón para su propia organización política a los Estados Unidos. Existía, el deseo de la unidad, porque ella era condición previa para la realización del ambicioso idealismo de aquellos lejanos días: construir países fuertes y prósperos.

Los acontecimientos y las ideas parecían haberse adelantado a su época. El crecimiento vital, incontrolablemente vertiginoso, no permitió que hubiera tiempo para perfeccionar la difícil técnica de construir países fuertes y prósperos.

Los arquitectos de la federación, concentrados en Guatemala, elaboraron la Constitución sin disponer de la experiencia práctica que pudiera orientarlos. Sus proyectos, plasmados en la magna carta, no llegaron a ser más que un bien intencionado ensayo que falló desde un principio al ordenar una deficiente distribución de autoridad entre los organismos que constituirían el Gobierno. Contenía el germen de la disolución por falta de solidez institucional de la autoridad ejecutiva. Debilitó la del Poder Judicial y permitió que en cierta forma, se manifestara la hegemonía del Estado más desarrollado, Guatemala, (sobre los demás) lo que afectaba seriamente el principio de igualdad en el proceso de dictar y emitir las leyes de la nación, siendo el resultado que

en definitiva, sobrevino el resentimiento entre los otros miembros de la Federación.

Por otra parte, la penuria económica imposibilitaba —como hemos dicho— la obtención de fondos suficientes para cubrir el costo considerable que impedía el sostenimiento de un gobierno central en condiciones de ejercer plenamente su autoridad y proveer siquiera algunos servicios públicos indispensables. En el Estado de Honduras, por mucho tiempo no se llegó a organizar debidamente el ramo judicial, a causa de que los funcionarios nombrados carecían de fondos para trasladarse al lugar en que debían ejercer sus cargos y el gobierno tampoco podía proporcionárselos. Esto fue una calamidad general en los demás Estados. Por la misma razón era excusado pensar en la realización de proyectos educativos o de otra índole, a pesar de la extrema urgencia que representaban para obtener la indispensable cooperación dinámica de la gran masa campesina.

Los principios de la evolución histórica requieren de una sociedad altamente desarrollada para modelar una nación a través de un periodo de emergencias, trastornos y conmociones, naturalmente proclive a los desvíos y la segmentación. La Grecia antigua, a pesar de su extraordinaria vitalidad y grandeza, no pudo llegar a constituir un todo político, por más que representó una poderosa unidad étnico-cultural claramente determinada. La sociedad embrionaria centroamericana, con todas las deficiencias de su origen y trayectoria estructural, tenía que fracasar en su imperfecto ensayo federalista. Poco tiempo transcurrió para que su ritmo de existencia se conformara de

acuerdo con hábitos políticos localistas inevitablemente desarrollados y consolidados. Los principios de la doctrina unitaria se debilitaron, se volvieron cada vez más inadaptables y fueron al fin desplazados por la avalancha separatista. Al final cada una de las cinco entidades políticas constitutivas de la República Federal, se organizó a su manera.

En suma a esto, las dificultades que se oponían a los planes idealistas de los partidarios de la Unión Centroamericana eran poco menos que insuperables. Hasta el terrible cólera morbus, aliado con graves implicaciones de diferencias raciales, llegó para sumar su influencia negativa en el devenir de los acontecimientos, tornándose aún más desfavorables a la causa revolucionaria unionista.

Por todo ello es injusto formular a Morazán el cargo de incapacidad para sostener lo insostenible en vista de las desdichadas circunstancias político-sociales y las enormes dificultades económicas señaladas. No estaba en manos de ningún líder político de la época remediarlas en forma completa, por más empeño que pusiera en ello.

Epílogo

El análisis de los hechos espectaculares y positivos a que dio origen el genio y la presencia de Morazán es emocionante. La contemplación de una verdadera epopeya histórica que, según el insigne escritor centroamericano don Álvaro Contreras «no puede menos que causar deslumbramientos».

Multitud de causas poderosas e incontrolables se opusieron decisivamente a la lucha del líder del pensamiento y de la acción. Por ende, su obra política reviste caracteres de sublimidad anímica, a tal grado que es posible clasificar el grado evolutivo de los hombres por la forma en que la conceptúan y la manera en que ante sus perfiles reaccionan. Desde cualquier punto de vista ideológico en que el observador esté situado, si es un espíritu sensible y cultivado, ha de sentir respeto por la figura del mártir y por la generosidad de los ideales por los que combatió hasta el final de su carrera. Si el observador no pertenece al círculo privilegiado de la excelencia del corazón, se encogerá de hombros sin comprender ni sentir el significado del formidable drama que aquel representó. Más aún, sería un alma pequeña la que pudiera llegar a denigrar y

aborrecer a una de las figuras más afirmativas y honestas de la historia centroamericana.

Entre otras cosas, Morazán fue el señor de la esperanza, un jefe generoso en el que se podía confiar y al que todos recurrieron en las horas del dolor y la amargura. Su espada brilló siempre allí donde la justicia era atacada, su voz se escuchó siempre allí donde el error intentaba apagar las luces de la razón. Su corazón palpitó en el propio centro con el mismo ritmo de la patria estremecida por la oscura y ciega revuelta del pasado contra la aurora del porvenir.

Cuando impulsados por la ignorancia y la miseria se sublevaron los bravos yoreños, olanchanos y apotecas, las autoridades del Estado de Honduras, justamente alarmadas llamaron a Morazán, en la esperanza de que él podría pacificar los ánimos con el menor sufrimiento y violencia posibles.

Cuando las autoridades y pueblo de Guatemala, espantados ante las atroces proporciones que adquiría el «Frankenstein» que los círculos conservadores habían creado en Rafael Carrera, temieron por sus haciendas, su seguridad y el honor de sus hijas, esposas y hermanas. Acudieron a Morazán con la esperanza de que él podría librarles del inminente peligro.

Cuando la Federación comenzó a resquebrajarse, los unionistas angustiados acudieron a Morazán, quien se hallaba en Guatemala, en la esperanza de que él podría restañar la honda herida y rectificar el grave error.

Cuando el destino y el infortunio le habían lanzado fuera de las fronteras del istmo, y las autoridades

de Nicaragua temerosas por la presencia de tropas extranjeras en su territorio, requirieron la intervención de todos los patriotas centroamericanos para salvar la independencia. El héroe del Espíritu Santo abandonó la nostálgica tranquilidad de su retiro, empeñó su honor y su hacienda acudiendo al llamado, dispuesto a sacrificarlo todo en defensa de la justicia y la libertad.

No podría negarse que el vencedor de Gualcho murió por la causa patriótica de la unidad y la democracia. Su vida pública no registra un solo gesto innoble, ni pudo advertirse el temor, el egoísmo, la ambición o el resentimiento como generadores o determinantes de sus actos en política. Le tocó desenvolverse en el medio de un torbellino de encendidas pasiones humanas que nadie hubiera podido sujetar, y que naturalmente, lastimaron los intereses o los sentimientos de los pueblos como una consecuencia inevitable del choque traumático entre el progreso que venía y el oscurantismo que permanecía sobre la sociedad petrificada renuente al cambio de las ideas y los tiempos.

La nación guatemalteca le vio llegar en cuatro ocasiones distintas al mando de fuerzas militares considerables. La primera en son de guerra contra un poder negativo que se había entronizado allí y que no era Guatemala, sino el gobierno federal o lo que de él quedaba en 1829. La segunda y la tercera en plan de campaña también, pero no como conquistador, sino como salvador en defensa de los desgraciados a quienes la revuelta indígena, acaudillada por Rafael Carrera, atormentaba y aterrorizaba con salvajismo y contumacia. La cuarta, en marzo de 1840, en

una desgraciada expedición contra el reaccionarismo del Gobierno de Rivera Paz, aliado con Carrera y la siempre combativa clerecía, quienes utilizaban al guerrillero y sus poderosas hordas fanáticas para hacer la guerra, junto con Honduras, Nicaragua y al Estado de El Salvador, último bastión de la causa de la Unión Centroamericana.

En toda esta secuencia, no podría inferirse de los hechos que el general expresidente de la efímera República Federal hubiese hecho la guerra al pueblo de Guatemala ni a su dignidad, ni que hubiese atentado contra el patrimonio o su libertad. El Gobierno de Rivera Paz no representaba genuinamente al pueblo por cuanto era el resultado de la violencia desencadenada por una lucha racial y religiosa. Además, había un estado de guerra no declarada entre El Salvador y Guatemala. Fuerzas militares de esta última habían perpetrado un número de violaciones territoriales y depredaciones varias contra el primero que constituían provocación suficiente para ameritar la represalia, como en efecto ocurrió. Por tanto, la cuarta y última expedición punitiva de Morazán contra Guatemala constituyó un acto de legítima defensa que no llevaba la intención de vulnerar a esta República, sino a su gobierno teocrático, oligárquico y promotor de un estado de sedición e intranquilidad en Centroamérica.

En todos estos dramáticos sucesos se puso en evidencia reiteradamente, el invariable propósito de Morazán tendiente a restablecer la paz, conseguir que los ignorantes instrumentos de la subversión depusieran su odio y su saña para que todos pudieran restituirse a sus hogares; vivir, trabajar con tranquilidad y esperanza,

manteniendo invariable el principio de legítima autoridad y de justicia.

No cometió la falta de abandonar a quienes le necesitaban, aunque algunos de sus partidarios le abandonaron a él. No dejó a sus amigos guatemaltecos al abrigo de su propia y desdichada suerte, bajo el azote primitivo de Carrera. Partió cuando se hallaba empeñado en someterlo porque el deber de su investidura presidencial le requería imperiosamente en San Salvador, por haberse separado Nicaragua de la Federación. En esa ocasión, solamente tomó una pequeña escolta para su rápido traslado a la capital federal, dejando fuerzas militares suficientes, al mando de jefes de su confianza, con la consigna de no abandonar la lid hasta no pacificar el Estado.

Agradecido y conmovido por la veneración con que siempre le distinguieron sus partidarios salvadoreños, se solidarizó con ellos por completo, poniendo todo su esfuerzo en promover su bienestar desde la Jefatura Política, y en conducirlos a la victoria. Cuando la agresión de Honduras y Nicaragua, aliadas en un propósito francamente separatista, les amenazó en dos ocasiones.

Por estos motivos, entre muchos más, el primer revolucionario de Centroamérica ha quedado consagrado por la historia como un miembro relevante de la estirpe inmortal de auténticos líderes de la humanidad.

FIN.

Otros títulos publicados por la Editorial Nacional Eva Thais

Colección Morazánica

- *Memorias, Manifiesto de David, Testamento* de Francisco Morazán (2022).
- *El pensamiento de Francisco Morazán* de Adalberto Santana (2022)
- *Escritos del General Francisco Morazán* de Carlos Meléndez Chaverri (2023).
- *San Martín y Morazán* de Carlos A. Ferro (2023).
- *Francisco Morazán Obras, La Organización del Estado de Honduras* (2023).
- *El Gran Rebelde. Perfiles heroicos: vida y obra de Francisco Morazán* de Néstor Enrique Alvarado (2024).

Colección 28 de Junio

- *La Historia como Lucha: la Organización del Frente Nacional de Resistencia Popular* de René Hernández Coto (2022).
- *La lucha del Movimiento Estudiantil Universitario de* Engels Bladimir López Sánchez (2023).
- El pensamiento de Xiomara Castro en sus discursos (1ra. Ed., 2023).
- *El pensamiento de Xiomara Castro en sus discursos* (2da. Ed., 2024).

Colección Infantil «Rubén Berríos»

- *La lección de pesca de Nuwani* de Teresa Leyva Carías (2022).
- *Francisco y Josefa Antología de cuento infantil* (2022).
- *Morazán, hijo amante de Centroamérica* de Isabel de Weitnauer (2024).
- *Quiatlán poemas y cuentos de jóvenes* de Colectivo de Jóvenes Poetas de Quimistán (2024).

Colección Narrativa «Mimí Díaz Lozano»

- *Antología de minificcionistas hondureñas* (2023).
- *Emergiendo del mar Antología de cuento poético* de Alejandra Flores Bermúdez, Adriana Padilla, Handy Álvarez, Alejandra Paredes Lardizábal y Luis Rojas (2023).
- *Peregrinaje* de Argentina Díaz Lozano (2024).

Colección Poética «Juana Pavón»

- *Malabarista de sueños* de Eva Thais (2022).
- *Abecedaria* Antología de poesía (2023).
- *Nosotras en la poesía Antología poética de mujeres paraiseñas* (2024).

Colección Fanzine

- *Escritoras y sufragistas* (2022).
- *El pequeño viajante* de Francisco Emilio Delgado Rodríguez (2022).
- *Resistencia de la tortilla* (2023).
- *Versos a la matria* (2024).

Colección Identidad Nacional

- *Reseña histórica y geográfica del naciente pueblo del Paraíso* de José María Ilias (2023).
- *Quince brochazos y tal vez una pincelada* de Armando Antonio Martínez (2023).

Colección de Biblioteca Básica Hondureña

- *El escándalo del ferrocarril* de Alfredo León Gómez (2024).
- *Aproximaciones sobre la historia de la lectura en Honduras* de Jorge Alberto Amaya Banegas (2024).
- *Padre Subirana, De Cataluña a Honduras: anécdotas, relatos y hechos en la vida de un misionero* (2024).

Colección Obras Completas BINAH

- *Poesía Reunida* Juan Ramón Molina Volumen I, Verso (2024).

Colección Premios

- *Hablando entre nos* de Candelario Reyes (2024).
- *Los motivos del lobo* de Óscar Espinal Durón (2024).
- *Las hijas e hijos del golpe* de Estephany Maradiaga (2024).

EL GRAN REBELDE

Perfiles heroicos: vida y obra de Francisco Morazán

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos
de la Editorial Nacional **Eva Thais** de la Secretaría
de las Culturas, las Artes y los Patrimonios de los Pueblos
de Honduras (SECAPPH),
en el mes de octubre de 2024.
Su edición consta de 1,000 ejemplares.

HONDURAS
GOBIERNO DE LA REPÚBLICA

El Gran Rebelde: perfiles heroicos, vida y obra de Francisco Morazán parte de la necesidad de profundizar en la obra y la ética morazánica, cuestión irrenunciable que defina y estructure un ideario político comprometido con los principios democráticos y los derechos fundamentales de nuestra ciudadanía, con el fin de trazar un camino de desarrollo para nuestra nación.

Morazán luchó en favor del pueblo centroamericano en la contienda por la unión de la patria igualitaria, fraterna, libre y justa. Su lucha y resistencia ante las enormes dificultades para lograr el establecimiento de la Federación Centroamericana, bajo los más elevados valores humanistas de la Ilustración, son ejemplares para la modernidad.

La memoria y el olvido se inscriben en el escenario social como polos opuestos de un mismo proceso: ahí donde una avanza el otro retrocede y viceversa. Para que el olvido no venza a la memoria, la Secretaría de las Culturas, las Artes y los Patrimonios de los Pueblos de Honduras (SECAPPH) pone en manos de la ciudadanía este magnífico trabajo de Néstor Enrique Alvarado, cumpliendo así el compromiso de perpetuar las ideas morazánicas bajo la instrucción de la presidenta Iris Xiomara Castro Sarmiento, con la intención de asistir al restablecimiento y la salvaguarda de las instituciones de la democracia en nuestro país.

ISBN 978-99979-76-21-5

SECAPPH
Secretaría de las Culturas, las Artes y los Patrimonios de los Pueblos de Honduras

DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO Y EL DOCUMENTO

Editorial Nacional Eva Thais SECAPPH

Colección Morazánica